

Extrañas Noches

-literatura visceral-



Año II | Nº 4 | \$100

Fin de Invierno / Inicio de Primavera 2017

Ahora que hace tanto frío

Leo Pedra

Recién levantado, sin pensamientos estáticos.
La pava en el fuego y el televisor encendido.
Surgís del humo del café enroscándote en vos mismo,
formás tu cuerpo y mordés mi cuello clavándome los colmillos,
tus dientes huecos como sorbetes en mi vena y absorbés.
Camino por la calle, hago las compras en la peruana,
viajo en colectivos y nadie te ve.
Esa es verdadera soledad, filtración que pudre la madera.
Tenés el volumen de un gran felino que agazapado bebe del charco sin bajar la vista
Ahora que hace tanto frío me pongo guantes,
gorro de lana y ando con vos incrustado en mi cuello,
flameando como una bufanda contra el viento.
Porque hay un huracán de cemento,
hay un huracán de vigas rotas y gente que no te ve.
Hay un huracán y su ojo se posa sobre el techo de mi casa,
toda la noche cuando duermo desnudo
y vos apoyando tus patas embarradas sobre el acolchado,
agazapado mordés mi cuello y chupás la sangre,
mientras en el cielo el ojo me mira, a su alrededor giran escombros
y cajones de verdura de la peruana.

Imagen de Emil Nolde

Revista Extrañas Noches –literatura visceral– es una iniciativa de Ediciones Frenéticos Danzantes.

Web: www.revistaextranasnoches.com Mail: revistaextranasnoches@gmail.com Facebook: Revista Extrañas Noches –literatura visceral– Twitter: [@ren_literatura](https://twitter.com/ren_literatura)

Directora y propietaria de la publicación: Marina C. Klein.

Forman parte del consejo editor: Daniel Leuzzi, Emiliano Farias, Juan Marcelo Vivanco, Marco Lacurcia y Marina Klein.

Redacción e imprenta en Av. Scalabrini Ortiz 41 3C (1414) Ciudad Autónoma de Buenos Aires– Argentina.

Registro DNDA 5304272

ISSN 2525-0116

Número 4— 1 edición— Año 2

Publicación de agosto de 2017 impresa en taller propio.

Somos los que vamos en búsqueda de las vísceras del mundo para desvendar los secretos más íntimos de todos los universos. Por eso hacemos libros, revistas, escribimos en paredes, tomamos cafés interminables y vinos a toda hora, viajamos por que sí y estamos embriagados de un vitalismo tan brutal y extático que nos rebalsa y riega todo a nuestro paso.

En éstas Extrañas Noches

Ahora que hace tanto frío - Leo Pedra / 0	LUNA Y EL AULLIDO DEL PERRO -
Licores errantes - Nicolás Heller / 2	Néstor Grossi / 17
Sin título - Lara Margaritini / 2	Lo que dicen todos - Leandro Fontela / 20
La visceralidad al palo - Diego De Lucía / 3	Comete un limonero - Fernando Bocadillos / 21
Un jugador descalzo - Jorge Sebastián Comadina / 4	Debajo de todo hemisferio - Lourdes Peruchena / 23
Aquí está el mediocre de mí - Alejandro Pompei / 5	TRIBULACIONES (astrofísicas) para la nueva etapa -
Fotos, poemas y recuerdo - Benjamín Salas Sadler / 6	M.S. ERGOSUMQISUM / 24
Concatenaciones - Gerardo Barbieri / 6	Un mundo posible - De la Croix / 24
No hay regreso - Marina Klein / 7	Composición Tema Un día de Campo (Cuentos de la Gringuita)
Cornelia - Sara Montaña Escobar / 8	- Teodora Nogués / 25
Arte Mural y Nos extrañamos - Dany Fernández y	Fundé Troya - Gisela Mancuso / 27
Veroka Velásquez / 9	Esquizofrenia - Juan Borges / 28
Santa Cecilia - Cecilia Barón Garza / 10	Ruido blanco - Angélique Reid / 28
Una boca que engulle y escupe - Clara Bachur / 12	Vista de gatos con frío - Juan Rudolffi / 29
Mi corazón no sirve más y Pareciera - Mariana Luz Ticheli y	Aullido - María del Rosario Moreno Geselj / 29
Facundo Muñoz / 13	Relato de un retorno al hogar que fue infancia - Ariel Adler / 30
Versos Imperfectos IV - Daniel Leuzzi / 13	Se estrella la fantasía - Patricia Lezama Rosas / 31
Saberse dar - Rosario Moreno / 13	Rosa - Desirée Jiménez / 32
Hogar - Eugenia Christiani / 14	Sin título - no, es mentira - Javier N. Favila / 33
kumbia i anarkia 1.3 - Nicolás Lupo / 15	Melodía en Chelsea - Antonio Carlin Lynch / 34
Los algunos y yo - Lucas Peretti / 16	Lobo - Sebastián Martín / 36
un silencio perfecto - Ana Gervasio / 16	La noche violeta - Rusvelt Nivia Castellanos / 37
Centenario Blues: EL LLANTO DE LA	La muralla - Nicolás Igolnikov / 38

En este número nos acompañan las imágenes de Gabriel Piñeiro, Natalia Zinola, del taller de Veroka, Leonardo Lamberta, Clara Bachur, Mariana Luz Ticheli, Katya Simkin intervenida por Eugenia Christiani, Ivi Infraktora, Néstor Grossi, Fernando Bocadillos y R. Palafox

Imagen de tapa: Gustav Klimt. Imagen de contratapa: Egon Schiele

Revista Extrañas Noches –*literatura visceral*– es una publicación multimedia. Nuestra Web se actualiza todos los meses con textos, videos e imágenes. Con el cambio de estación nos tornamos materia y andamos por la ciudad de mano en mano. Esta edición en papel es una selección de lo que ocurrió en el mundo virtual entre abril y agosto del 2017. Para leer más y saber más sobre lxs autorxs, visitanos en www.revistaextranasnoches.com

Licores errantes

Nicolás Heller

A menudo he pedido a engañosos licores
que adormezcan un día el terror que me habita

Soy como un cementerio
que la luna aborrece
Devorado por las nebulosas
lloro solo entre materias desvencijadas

Abro los ojos incendiados
y el llanto cae en pétalos
asesinado por el cielo

Feroces jaurías de deseos errantes y perdidos
flotan en automóviles cubiertos de dientes

Como gigantes arrugados
con vergüenza de vivir
acuchillan el aire
con sus miradas de sombra

Abandonado de lo sólido
dejaré crecer mis cabellos
beberé agua harapienta
con mi boca de exilio

Una bruma de remordimientos afligidos
va gimiendo sin norte por mis ojos
un desgarrador río de vidrio
cae como saliva salada en una herida

Bien podrían los trenes rabiosos
mi culpable cabeza machacar
o dividir mi cuerpo en dos pedazos

Atravesado por la suprema violencia
me detengo inmóvil en el giro terrible
e invito a los cuervos a que sangren feroces
hasta la última fibra de mi inmunda osamenta

Sin título

Lara Margaritini

Creí haber visto a mi madre masturbarse a mi lado.
Esa misma noche su marido me descuartizó el cuerpo en vida.
En realidad, el horizonte es tan circular
que al lado mío estoy yo de nuevo.
Sería esa soledad, y no otra
la que provocase mi muerte.
Lo que más tarde vería imposible
pues al lado de mi muerte
encontraría un cuerpo increíblemente ansioso por despertarse.



Imagen de G. Klimt

La visceralidad al palo (*)

Diego De Lucía

Desde que tengo uso de razón le busco la quinta pata al gato, no sospechen de mí, no es de jodido. En lo más recóndito de las tripas tengo la certeza de que el mundo no es así de simple; algo cuantificable, cardinal u ordinario como nos quieren hacer creer. Entiendo que hay tantas dimensiones como sutilezas seamos capaces de encontrar. Entiéndaseme, voy con el nosotros porque si en lugar de estar navegando en el porno están acá, es que esas sutilezas de las que hablo los calientan tanto como el viejo y querido “metesaca” como diría el Drugo de Alex en su planeta naranja mecánica. Así que vamos a lo que nos compete, pelearnos. Porque podemos, porque queremos y porque tenemos con qué. Lo cierto es que se presume a la literatura visceral como efímera, y ete aquí que a primera vista esa es una visión miope del asunto. Lo efímero roza lo insustancial y ahí es donde se pudre todo. Lejos de pensar que la literatura visceral es insustancial estamos convencidos de que ésta es la trinchera, el frente de batalla, ante la literatura visceral sólo yergue el silencio. Ése que oprime los corazones, que atenaza la lengua, que embota los sentidos. Harto de hacer garabatos al margen del renglón en una hora de fisicoquímica, un día la mano dejó de hacer círculos. En palabras del drugo Sigmund se cansó del “eterno retorno de lo igual” y de ese huracán de tinta azul documental, emergió la primera frase que pensamos para enfrentarnos a ese silencio. Sin duda está sepultada, olvidada, pero su sacrificio inicio la batalla. Ese día dejamos de callarnos para siempre. Cuando dicen efímero me pongo loco, es el tipo de mentira piadosa que se usa para describir todo lo inalcanzable. No es para nada efímera, es insostenible, es inabarcable, es irrepetible, e innegociable. Difícil de parirla, fácil de encontrarla, vulgar y elevada, es un ying yang que se complementa y define por lo opuesto. Lo que intentamos decir es que si bien hay una literatura visceral constante en el universo, ésta no se da en forma lineal o previsible. Hay afloramientos, es una geografía de archipiélagos caprichosos que emergen de las profundidades más recónditas. Pobre de aquel que piense que sólo está hecha de rabia. Si en la historia universal de los seres humanos hubo un grito primal que se distinguió del aullido de las bestias, sin duda fue una carcajada visceral. Esa alegría incontenible de saber que estamos vivos, que podemos demostrarlo, que el universo puede ser desensamblado y vuelto armar con estas

manos-palabras que lo crean a medida que los pronuncia y moldea. La literatura visceral está a lo largo de toda la historia de la humanidad pero no como protagonista, no sube a los podios, no se funden los bronce en su consideración. Está como



Imagen de Joel-Peter Wilkin

venimos diciendo en la trinchera; la mayor biblioteca de literatura visceral está en los tachos de basura, es un soldado desconocido, un grano en el desierto de las causas perdidas, y sin embargo de tanto en tanto poco después de haberla arrojado hecha un bollo, nos lanzamos sobre la mugre para buscarla, es como si nos diera otra oportunidad. Lo que recién era un error fatal, frente al silencio, frente al eterno retorno de lo igual, cobra sentido. Emerge del basural impura, arbitraria, sentenciosa, bastarda y caprichosa. Pero valiente, no teme que la devore el tiempo, el silencio, su vida es un sacrificio. Ése es el ritual que nos convoca. Un verdadero ritual pagano, presentamos la batalla convencidos de que nuestro propósito es más longevo que el tiempo, más misterioso que el silencio.

Tanto de sólido como el perfume del porro.

(*) Este texto es el primero de una serie de tres ensayos. Pueden leerse los otros dos en <http://www.revistaextranasnoches.com/single-post/2017/07/01/La-visceralidad-al-palo-II-y-III>

Un jugador descalzo

Jorge Sebastián Comadina



Ver cómo mataban al Chapu en la televisión me paralizó. Las cámaras de seguridad de un local habían grabado cómo el dueño de la casa que había intentado robar le disparaba y él caía agonizante sobre el asfalto. Como para que quienes nos preguntábamos ¿qué sería de su vida? nos diéramos cuenta mediante un canal de noticias de que esa vida se acababa de terminar. Lo reconocí al verlo correr. Fueron muchos los desafíos futbolísticos en La Tablada como para no hacerlo. Por eso, luego del estupear por la noticia, se me vinieron a la cabeza miles de recuerdos. Me llamó la atención verlo en el video con unas superzapatillas porque el Chapu tenía una particularidad: jugaba los partidos descalzo. No importaba si hacía 5 o 40 grados, tenía tan curtida la planta de los pies que no sentía ni el más crudo frío ni el más agobiante calor. Y eso que algunas veces jugábamos en verano a las tres de la tarde y el sol derretía hasta la brea de los arreglos mal hechos de la calle. Muchos se aprovechaban de su condición para pisarlo cuando el partido se ponía duro pero se aguantaba los pisotones sin chistar. Le decían así desde chiquito porque una vez una tía lejana le regaló un enterito colorado con capucha que usó hasta el hartazgo. Con un Chavo del 8 siempre vigente, y más en esos tiempos, no dudaron en decirle Chapulín. Vivía a una cuadra de mi casa en un barrio obrero, fabril, de hijos de inmigrantes y de clase media baja del oeste del Conurbano. Aunque su padre terminó bebiéndose la “media” para ser sólo clase baja. Tito después de que su mujer se fue y lo dejó solo criando a sus hijos, se dedicó full time a la ginebra. Tal es así, que las changas de albañilería le escaseaban y a veces no alcanzaba para darles de comer. Menos para que tengan zapatillas de sobra. No era de guapo que el Chapu jugase descalzo, no le quedaba otra. Por eso cuando surgía algún partido con pibes de otros lugares, los contrarios se sorprendían al verlo llegar en patas. No entendían que tuviéramos un jugador descalzo. Él no se tiraba atrás y si tenía que poner pierna fuerte, la ponía. Muchas veces quisimos prestarle algunas zapatillas rotas que ya no usábamos pero nunca las aceptaba. Es más, disfrutaba cuan-

do la pelota se iba hacia la zanja así chapoteaba un poco y se refrescaba los pies mientras intentaba desbordar por el filo del cordón. La desaparición de los pocos potreros que quedaban en la zona para que el municipio haga sus negocios inmobiliarios, hicieron que nuestro campo de juego sea gris como las fachadas de las pequeñas fábricas abandonadas de esa década del '90. Si pasaba algún auto, había que subirse a la vereda y rezar para que no pise de lleno los cascotes a modo de palo que minuciosamente habíamos colocado con distancia sincera en relación al otro arco. Así pasábamos las tardes, entre cotejos callejeros que sólo podían detener: alguna vecina de siesta en busca de esa pelota que rebotaba contra su morada, una que otra gresca entre ambos equipos por un foul malintencionado o simplemente la despedida del sol y la llegada de la noche al barrio. Era imposible no evocarlos de esa manera luego de verlo mimetizado con el asfalto mientras un hilo de sangre se dirigía a la alcantarilla. Ser testigo de la interrupción de su carrera existencial ante el plomo de un señor que no quiso que se llevara lo suyo y lo mató. Más habiéndolo disfrutado en movimiento, tan fugaz, tan veloz como para ni siquiera darse cuenta si sus pies tenían calzado o no. Después, también vino un poco el arrepentimiento por algunas actitudes que uno tiene de chico. El Chapu era morocho, no tan agraciado físicamente, y su vestimenta gastada hacía juego con su cara astillada producto de una varicela mal curada. En los pocos cumpleaños donde lo invitaban, siempre había predilección por atacarlo con ciertas bromas divertidas que para él, claramente, no lo eran. En esas celebraciones, siempre terminaba llorando. Algunas veces porque le daba impotencia que sus amigos lo cargaran todo el tiempo y otras porque se quedaba sin paciencia, le daba una trompada a uno y era expulsado de la fiesta mientras se le caían algunas lágrimas camino a la puerta. No era sencillo esos días regresar a su humilde casa, tenía miedo, porque su padre pensaba que no iba a volver y aprovechaba para pegarse sus viajes al mundo de la ginebra sentado en una mesa. A Tito no le gustaba que lo interrumpieran y la importación a esos escapes étlicos significaba algunas marcas de un cinto de cuero gastado en su espalda que nos mostraba al otro día. Más allá de los malos tratos generalizados, siempre estaba predispuesto a la hora del fútbol y era un puesto fijo en el equipo. Y eso a pesar de que no todos los partidos jugaba bien. El Chapu tenía cierta irregularidad en sus rendimientos sobre el campo cementoso que con el tiempo pudimos reconocer. Cada vez que venía contento, jugaba mal, se dispersaba, y cada vez que venía cabizbajo, triste, desanimado, la rompía, metía cualquier cantidad de goles y nos hacía ganar casi siempre. Nunca pudimos descubrir por qué jugaba bien cuando estaba mal.

Siempre fue una pregunta a la cual no le encontramos respuesta. Por más que estaba seguro de lo que había visto en la pantalla, necesité cerciorarme y le mandé un mensaje a uno de los pocos amigos con los que tengo contacto para que me confirmara la noticia. Decidí apagar la tele e irme a dormir, ahondar tanto en el pasado me había cansado un poco. Pero al apoyar la cabeza en la almohada, volvieron esos recuerdos en La Tablada junto a él y a los pibes del barrio en algún desafío callejero por la gaseosa. A muchos de ellos no los volví a ver. El trabajo, el estudio, ciertas responsabilidades nos alejaron e hicieron que transitemos diferentes caminos. Sin embargo, al pasar por la zona, siempre me pregunto en qué andarán. Ya rendido por el cansancio, entredormido, no sé si el Chapu se me habrá aparecido en un sueño o qué pero de repente se me develó la respuesta de por qué era goleador sólo cuando llegaba angustiado. Jugaba bien y dejaba todo porque necesitaba que en cada pelota que cruzaba los dos cascotes y llegaba a la esquina, que en cada salto hacia un cielo enredado entre cables de tendido eléctrico, que en cada grito de gol, todos juntos, fuéramos a festejar con él. No le importaba tanto ganar, como le

importaba que nosotros le diéramos un abrazo. El Chapu se había cansado de jugar descalzo y la muerte lo alcanzó mientras corría por el asfalto con unas superzapatillas. Tal vez, esos abrazos, casi 20 años después, le hubiesen salvado la vida.



Foro de Gabriel Piñeiro

Aquí está el mediocre de mí

Alejandro Pompei

Detenido en el tiempo sabiendo lo que es el tiempo
Aplastado por un pisapapeles de papel
Derrumbado por escombros de aserrín
Petrificado por la baba de un caracol cubierto de sal
Atontado por las noticias de la muerte en la Internet
Jugando con el fuego sin nada y otra cosa a qué jugar
Ahí anda el mediocre de mí
Hablando del tonto militante que vota sin votar
Hablando del burgués que a lo bobo compra por comprar
Hablando de los que hablan del amor sin decir lo que es amar
Te amo, dicen, te amo, ¿y vos me amás?
Yo también te amo, dicen, yo también te amo, pero te amo más
No, yo te amo más, responden
No, yo te amo más, repiten

No, yo te amo más, concluyen
Aquí llega el mediocre de mí
Durmiendo en los vagones de un tren sin partir
Aferrado al osito que se ha quedado sin peluche y peluquín
Besando a la mujer que sólo en las pesadillas está
Haciendo el amor consigo mismo para luego dormir sin descansar
Ahí se va el mediocre de mí
Despidiendo a nadie y saludando al que vendrá
Ondeando las manos en el aire de una cámara de gas
Bailando sin música, dando pasos atareados sin el ritmo del jazz
Abrazándose a sí mismo sin saberse apretar hasta crujiir
Ahí vuelve el mediocre de mí

Imagen de G. Grosz

No hay regreso

Marina Klein

Salgo a la calle, me siento en el escalón de una casa vieja y miro hacia adelante. La gente pasa, los autos pasan, los árboles se mueven en su bailecito rítmico de viento y se sacuden con ruido. Yo me quedo ahí, quieto un rato, sentado, denso. Pienso en la cantidad de caminos que he atravesado para llegar hasta aquí. Estiro las piernas sobre las baldosas, inspiro el aire sucio de la primavera en Buenos Aires y fijo la vista en un horizonte que no existe, que la ciudad no me permite ver pero que se ha clavado en mi retina a fuerza de haber sido mi única compañía durante mucho tiempo.

Lo que más me asusta es sentirme en este abismo de sentidos y saber que los caminos que elegí y que tomé en algún momento se han desdibujado, no existen más sus contornos, sus puntos de partida ni sus llegadas; que para seguir siendo no es suficiente lo que fui ni de dónde vengo, que el yo no es, sino que se hace y en esa construcción, desconstrucción y reconstrucción permanente, los sentidos que le otorgamos a las cosas también se modifican.

Vuelvo a pensar, como tantas veces en estos últimos días, en la reflexión que hace Kundera del eterno retorno. En el peso que tendrían las cosas si se repitieran infinitamente, siempre, para siempre; y en la liviandad de lo único, de lo que sólo se produce una vez, lo efímero del instante.

Y concluyo de nuevo lo mismo, es imposible el regreso.

No hay regreso, pienso sentado en el escalón. No se puede regresar porque las cosas no han quedado donde uno las ha dejado, todo se ha modificado, el tiempo ha pasado. Si fue de forma lánguida o voraz, da lo mismo. Nada está, nada es como cuando lo dejamos. No hay nada que recuperar, ningún lugar donde volver porque nada sigue siendo, nada se quedó fijo en nuestra ausencia, todo mutó aunque nuestra percepción sensorial o la nostalgia a veces quieran negarlo.

Esto es volver, pienso otra vez mientras sigo ahí sin moverme y algún rayo de sol se digna a venir en dirección a donde estoy y calentarme un poco.

Miro mis manos grandes y un poco agrietadas por el trabajo y siento la ciudad latiendo en cada centímetro cúbico de sangre que fluye por mi cuerpo. Me doy cuenta que la extrañé durante mucho, que aunque yo no sea ahora el mismo yo que se fue hace casi veinte años, algo de mí sigue teniendo sentido sólo acá, en este rincón del planeta. Un rincón que tal vez no sea el mejor ni el más bello pero que es donde el orden que le otorga significado a las cosas me es un poco menos desconocido.

Pongo la cabeza un rato entre las piernas y me quedo quieto

mientras el sol hace su tarea de revitalizarme. Pasa algún tiempo, no sé cuánto pero no me importa, no tengo horarios, acabo de llegar y nadie sabe que estoy acá, no tengo ninguna obligación inmediata. Sólo quiero caminar por la ciudad y dejar que me cuente sus secretos más íntimos o simplemente cosas banales, lo que me he perdido en todo este tiempo que no nos vimos.

Me levanto y empiezo la marcha.

Todavía es temprano, los porteros están limpiando con manguera y escoba y los chicos van a la escuela.

Hará unas cinco o seis horas que llegué a Retiro y habré viajado alrededor de treinta en un micro bastante lamentable. Pero eso sí, la vista por la ventanilla valió cada instante que me pasé en ese asiento finito e incómodo. Demasiado bello todo, demasiado triste y hermoso cada atardecer recortado entre los paisajes diversos de ésta nuestra América con sus tantas penas y exuberancias.

Y después, las luces a lo lejos de Buenos Aires. Esas luces amarillentas y gastadas que van creciendo a medida que te acercas y sus edificios, sus plazas, sus bares y toda su geografía va tomando forma. Y uno ahí, pequeño.

Después Retiro. Retiro y uno con su mochila y la cabeza tildada



Imagen de Otto Müller

de tantas cosas, de tantos estímulos, de volver a oír tu idioma, tu acento, de volver a ser local.

Es tarde, me tomo un taxi con la plata que logré cambiar, le pregunto al taxista si conoce una pensión, me dice que sí y allá vamos.

Dejo la mochila en un costado del cuarto con piso de madera, me recuesto en la cama pero no me duermo. El día asoma, rasga la noche, salgo del cuarto, atravieso el pasillo y me siento en el escalón de la casa de al lado.

Ahora, como dije, estoy caminando. Antes de ir a donde tengo que ir, el motivo real por el cual vine, quiero tener unas horas a solas con esta ciudad hambrienta.

Miro cada lugar, cada rincón. Enfilo para mi barrio de siempre, para mis calles de siempre, de niño y de no tan niño.

Por suerte estoy bastante lejos y tengo tiempo para seguir pensando en Kundera. Espero que el eterno retorno sea una falacia. No quiero volver a pasar por esta situación para siempre. Me gustaría que la leve fugacidad del instante se reflejara ahora en mí y no sentir este peso duro en el pecho. Pero no lo consigo, tengo una laja clavada en la boca del estómago.

Nadie sabe que llegué pero me esperan para estos días.

Recibí un mail hace más o menos una semana que me comunicaba que mi padre había muerto. El mail lo firmaba un tipo a quien yo no conocía pero que decía ser amigo de mi tía. Una tía a la que no veía desde no sé cuándo y que no me producía nin-

guna simpatía.

Decía que tenía que venir a buscar las cenizas y a ocuparme de las cosas prácticas como el departamento y el coche.

Son las vicisitudes de la vida. A la gente le pasan estas cosas en algún momento, los padres mueren.

No sé qué me sorprendió más, si enterarme de la muerte de alguien que no veía hace tanto tiempo, alguien que se había alejado de mí como si nuestra historia común nunca hubiera tenido lugar y todo hubiera sido una gran mentira, o darme cuenta que era como si ese tiempo no hubiera existido. Que, aunque nunca pensaba en él, todavía sentía su presencia fuerte a mi alrededor en varios momentos, a veces hasta podía sentir el calor de su mano en mi nuca como cuando era chico y me enseñaba a cruzar la calle o el roce de sus camisas cuando me daba un abrazo.

O darme cuenta ahora que en el fondo viví anhelando algo así como un reencuentro. O darme cuenta cabalmente que el tiempo se agotó y el reencuentro no sucedería... Sigo sin saber qué me sorprendió más, ya tampoco importa.

Villa del Parque es un mundo. Su olor me invade, ya no tengo defensas. La ciudad con todos sus significados, con todos mis recuerdos duros, me mastica, me deglute, y yo, blando, me dejo hacer.

Cornelia

Sara Montañó Escobar

Laguna roja de mi memoria/Manojo de flores que arden en la mano del escriba/ Las venas de mi padre me apresan el aliento/Las venas de mi madre cuelgan del filo de un cuchillo/ Tengo lágrimas blancas y espesas en los senos/ Son del hombre que me ama con su miembro/ No conozco otra forma de amor/ De rompimiento/ De resurgimiento/ Genitalidad que camina descalza encima de botellas filosas que me besan el sexo/ Mi cabeza se pierde en el pantalón de un hombre que huele a cigarro y a duraznos que llevará a su hija pequeña/ El silencio me aturde las entrañas/ Pájaros muertos apestan en mi boca/ Soy una soledad que camina furtiva de su sombra/ Soy un antílope que menstrúa la infertilidad de la luna/ Camino como unicornio en mi escepticismo/ Camino jadeante en el solar de una silla/ Siembro mis entrañas dentro del desierto/ Para que me amen/ Soy una lluvia roja que golpea la frigidez del Mar Rojo/ Averno celestial mantengo como credo/ Hija de un condón roto/ Corolario mestizo de abandono y apego/ Lamento que enjuaga mi culpa/ Culpa-culpa-culpa/ Miedo del abrazo/ Fe irreparable en la carencia/ Abogo la causa estéril de mi destino/ Mis venas son un carrusel que relamen mi adultez fingida/ Ojos que ejercen su nigromancia en mi tristeza/ El poema es un bodegón de mi naturaleza muerta/ El poema es un pre-texto para vivir de la herida/ La poesía no exime la culpa/ Mi cabeza cae encima de un miembro flácido/ Penitencia.



Imagen. Mural en construcción a cargo de Julián, Marcelo , José , Nicolás y Lautaro en el taller de arte de Veroka en el Centro Cerrado Agote "Compartiendo el proceso creativo entramos en el tiempo mutando en un solo cuerpo el que construye."

Nos Extrañamos (*)

Dany Fernández

Sé que me está esperando, yo también la extraño.
Recuerdo y sueño con esos momentos encima de ella.
Me despierto y no estoy haciendo eso que veía con
los ojos cerrados,
Me desilusiono, pero me convengo
de que pronto volveré a sentirla cerca mío.

Me llamó y me dijo que quería volver a hacerme gozar
pero cosas nuevas, mas interesantes
y que me iba a mostrar partes de ella que no conozco .
Me hace poner ansioso con solo imaginarme todo eso
que tiene para mí
No veo la hora de verte , Calle ...

() Este poema forma parte del Libro Expresos Literarios que fue producido en el Centro Socioeducativo de Régimen Cerrado "Manuel Belgrano"*

Del Cielo al Mictlán

Tomás Emilio Sánchez Valdés

Ya vestidos de acero, avanzaban las huestes. Hechos y derechos eran los hombres que se veían con cuerpos peludos y sudorosos, apenas un poco más bronceados de lo que estarían en su tierra del viejo mundo. En la punta de cada flanco se divisaban los tercios. De su himno brotaba un fervor fraternal que los unía contra el enemigo. Y entre ellos había uno que cantaba más fuerte y ferviente que todos. Éste miró a los salvajes gritando en lenguas profanas. Observó a su compañero tan barbudo como él y mediaron diálogo sobre el valor y la patria, sobre el cielo prometido y el servicio a la corona.

Devolvió la vista al frente y sus ojos se centraron en un indio que tenía su mirada fija en él. Sus ojos brillaban con odio y furia descontrolada, como si ya hubiese aceptado la muerte y solo quedase vengarla. Avanzaba con convicción, escudo y lanza. Para el piquero era un enemigo digno, *plus ultra de no tener alma.

No temía, preparó su pica y gritó al ritmo de los tambores, rezando larga vida al rey. Los basiliscos estallaron, pero ninguno condenó al fugaz sin origen. Luego dispararon los arcabuceros, mas también ileso él salió.

Y cuando ya lo tenía en frente al salvaje, listo para atravesarlo con su pica, él se vio a sí mismo y empuñando la lanza asesinó al invasor. Vio absorto su cuerpo un segundo en el que comprendió todo, salvo el por qué, hasta que sintió la pica de quien alguna vez fue su amigo, atravesar su piel ocre y lampiña, llevándolo quizás al Mictlán, quizás al cielo, o quizás a ningún lado, si es que nunca tuvo alma, como alguna vez él mismo afirmó.

Santa Cecilia

Cecilia Barón Garza

Cachonda como la marea

Alta

cabello largo negro

piel de amanecer entre las dunas

imponentes nalgas pulidas por el agua

risueña y generosa como la transparencia de su túnica

revelando sus frondosas tetas

romana, devastadora

estaba enamorada de Dios

y Dios

de ella

-¡Oh, Cecilia! - Gritaban en el pueblo

¡Oh, oh, Cecilia!

Virgen

No era fácil ser ferviente y sabrosa en aquél tiempo

en que los hombres no sabían qué creer

pero discutían acaloradamente que su Dios era el más verga

y no había algo más erótico que creer tener la razón

portar un hacha y tener algo que violar

Cecilia tocaba con idolatría desde el balcón una flauta dulce

rodeándola con sus labios como si fuera el Santo Miembro de Dios: su único amor

Invocaba con ella Su fuerza omnipotente

las sublimes notas viajaban en la humedad de las caricias del viento

cosquilleando, debajo de las túnicas

los hombres excitados sonreían viendo sus penes desenvainarse como espadas

las mujeres escurrían miel entre las piernas olvidándose de sus Dioses

entregándose a la melodía

Su música erizaba los vellos tensando la piel entre las piernas donde se desprende el alma



vibrando como un arpa

armonía perfecta fundiéndose entre dedos ciegos

devorando en braille cada pliegue

Todos querían cogerse a Cecilia o convertirse al cristianismo para cogerse al Dios que se coge a Cecilia

Intentando descubrir el seductor encanto de sus notas

hervía furor y escándalo en las calles mientras la gente follaba alegremente

sintiéndose poseída

por la intensidad de su música que ocasionaba orgías, que despertaba pasiones desembocando en crímenes

que culminaron en tragedia

Hirvieron a Cecilia ahogándola en humo

Sobrevivió desnuda

ardiente y tersamente exfoliada

cantando una melodía celestial

masturbándose con la flauta que gemía

entre sus labios vaginales

mientras El Santo Miembro de Dios la penetraba

llevándola a la gloria

Los presentes

rindiéndose de excitación

se vinieron vertiendo su semen en la terma

Cecilia ya vaticinaba la venida del Señor

-¡Oh, Cecilia!

¡Oh, oh, Cecilia!

Miles de calenturientos paganos se hincaron declarándose en
ese instante cristianos

despertando la ira incontrolable del resto

-¡Oh, Cecilia!

¡Oh, oh, Cecilia!

Y

Ordenaron decapitarla

Le dieron tres hachazos

sin lograr desprender su cabeza del cuello

mientras cantaba con la fuerza y magia de universos distantes

abriendo las piernas y copulando con Dios

uniéndose a Él con frenesí y sin pudor

como se unen todas las moléculas

Siendo tomada por Él

su canto culminó en una belleza conmovedoramente intolerable

haciendo eyacular al pueblo

que cubría de viscosa lujuria

su voluptuoso cuerpo, mientras cesaba.

brillante porcelana que se conservó incorrupta

y desprendiendo un aroma a rosas frescas

por más de mil años después de su muerte

¡Santa Cecilia

Patrona de los músicos, poetas y ciegos

Incorrupta

Virgen y mártir!

La nombraron

quienes no

se la cogieron

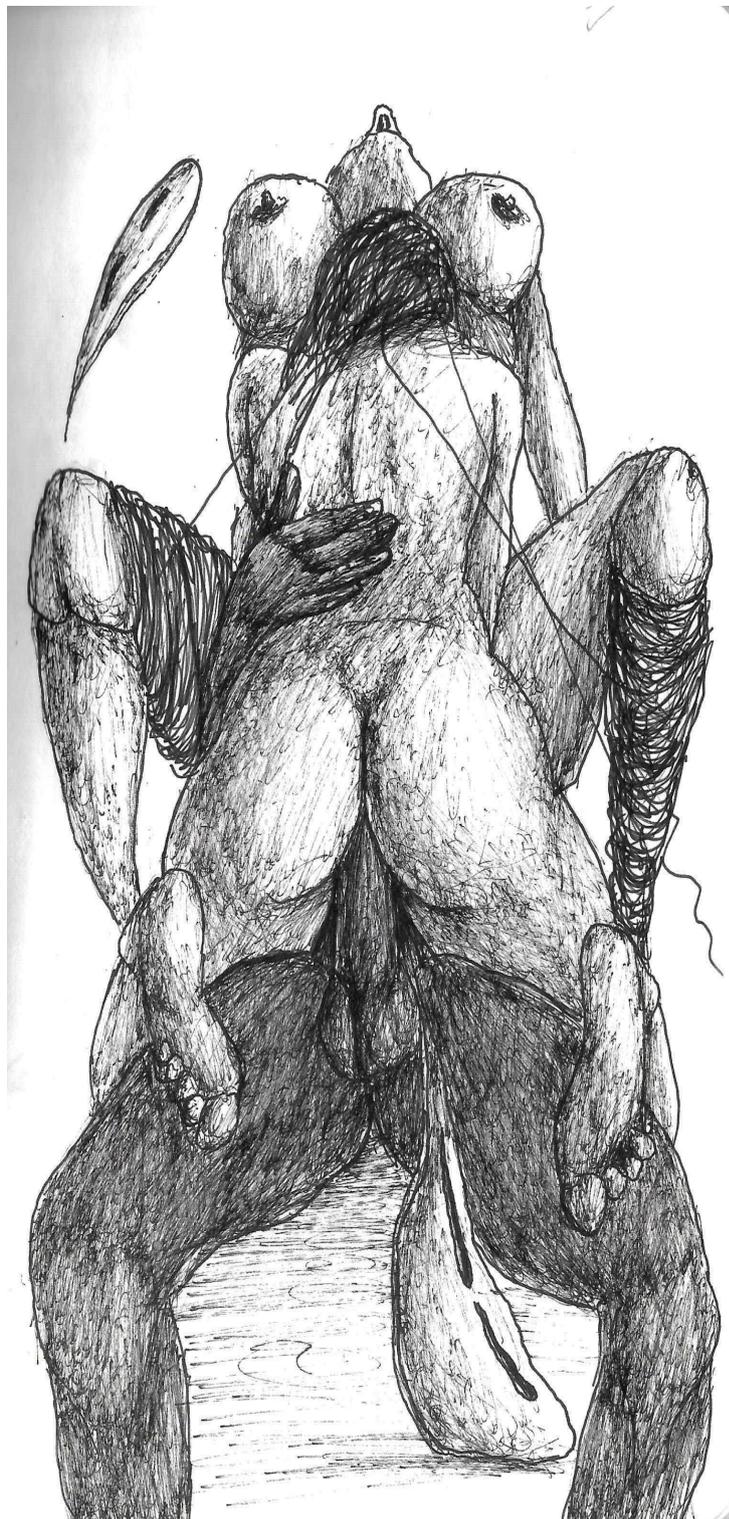


Imagen de Leonardo Lamberta

Este texto es gentileza de Artis Nucleus

Una boca que engulle y escupe

Clara Bachur

Todo me atraviesa como un vidrio, todo me corta me rodea me espera a la vuelta de la esquina me besa suavemente me desnuda, todo me ignora me desalienta me encanta me tienta, todo me busca me esquiva me duerme me somete, todo me separa me entierra me asfixia me mata,

y me arranca las pestañas una por una, todo mientras respira sobre mí como un vaho caliente que gotea, cuando pregunta y escucha y no digo nada y no me muevo, aguardo, acecho, soy acechada un ciervo en la carretera, me alertan mis alrededores pero dentro mío también hay piedras filosas

y huellas y ramas con espinas y muchas hojas quebradizas y un rastro de sangre de algún animal atropellado que me siguió a mi cueva como si supiera quién soy, porque también eras vos y esa sombra eras vos y me entristeció no reconocerte deseé tener el valor de disculparme pero ese hielo era yo y ese trueno era yo y no quise escuchar ninguna señal porque me aterraban los silencios y las respiraciones agitadas y el sudor y los gemidos y cada nuca erizada y cada violeta y cada azul y cada bordó

por eso cuando el sol volvió a salir yo era el pico mojado de un pájaro muerto, horrorizado, no sabía que estaba muerto y tenía miedo y frío y gritaba pero estaba en otro lado, muy lejos de acá y su vida no había significado nada y mientras sobrevolé los grises de este cráter, muchos notaron mi presencia sabiendo que llevaba un mensaje en una lengua perdida,

distante, sepultada en el océano más azul y verde de todos los océanos y finalmente me quedé dormida a eso de las seis de la mañana mientras yacía despojada, tibia como tus manos mientras me buscaban pero ahora, inertes, parecían un abanico de cartas arrojadas sobre alguna alcantarilla,

vos no escuchás los ruidos, no sentís las agujas las púas los insectos debajo de la piel que me esperan ni bien salga de este cuarto, eso es lo que me duele la anticipación de un naufragio de un barco en miniatura astillándose sobre mi hombro, me preocupa no lograr apagar ese ruido nunca, no lograr desconectar esa alarma nunca,

te miro cómo te cubre un manto de lunares y luces y me sube un calor, me hierve la sangre, cómo hacés para no verlo, para no sentir una brasa ardiendo en cada poro y te resiento por no encontrarlo viscoso, tierno como una carne al fuego y se pudre y por qué no lo sentís, por qué tengo que sostener este cadáver yo sola, se impone entre mis piernas y no me deja estar tranquila,

mientras sobrevolabas encima mío su mano huesuda también nos señalaba pero yo sentía un calor tan fuerte como un hogar un techo sin goteras protegiéndome de un huracán o provocándolo que no le presté atención, lo conseguí, lo logré por unos minutos, descubrí cómo suspender mis sentidos esos que me ponen contra el paredón y liberé a los otros los que se abren como flores

y no le presté atención a esa mano mientras tamborileaba sus dedos de fantasma sobre tu espalda pero ahora no puedo ignorarlo porque el techo cedió sobre mí y estoy tiritando de frío y lo único que me acompaña es un cuerpo calmo a mi lado a diferencia de mi propio cuerpo que me odia y se rebela contra mí y conoce a esa mano muerta y la saluda y le permite entrar en mí no me quita el ojo de encima mientras se alza como una pila de huesos limpios pero que palpitan como si estuvieran vivos entre mis piernas sin que te des cuenta.

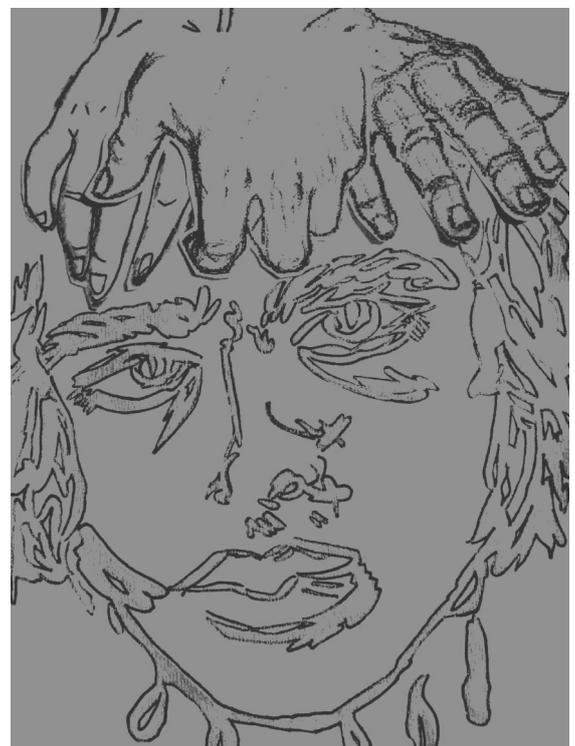


Imagen de Clara Bachur



(...) pareciera que no veo.

Pareciera esa muerte a la vida.

Otra vez no sé, no viví la muerte,
no puedo explicar.

Los días se van y pareciera que hoy todo es
pareciera que.

Texto: Fragmento de "Pareciera" de Facundo Muñoz

Ilustraciones de Mariana Luz Ticheli

Versos Imperfectos IV

Daniel Leuzzi

Hay olor a tierra violenta Y en el pico de mis desvelos

En esta madrugada sin día... El espacio palpitante

Ayuna en tu frío tatuaje

El sabio cree que la locura

Tiene un sentido distinto

Que los ojos llenos de pena

Bailan con el fantasma

De tu dulce perfil a ciegas.

Se desbarata la historia

El payaso tiene una herida

La multitud huye con la marea

Saberse dar

Rosario Moreno

Son las 4 A.M, acabo de suicidarme.

Me recogí el cabello con las cuerdas vocales, hice llaveros con mis ojos.

Transformé mis lágrimas en sal.

Ya no más espera para morir, he devorado la fe, la esperanza y los sueños.

Amiga Noche, noche mía no sufras mi ausencia, que el viento ya borró mis pasos de tus veredas.

Esta especie de Mujer ya no entiende ni a su cuerpo, ni a su piel...

Dejo este corazón, regalo mi corazón para que los de la realidad puedan seguir creando talismanes.

Imagen de Van Gogh

Hogar

Eugenia Christiani

*"te imaginarás que
los miedos a la noche
no me dejaron dormir."*

De sentada en el comedor a la cocina, tuve que subir un escalón y voltear a la izquierda. Me esperaba ansioso, yo nunca lo esperé. Jugando con la hornalla, me miró cuando aparecí, y sentí como un punzón clavándose en mi brazo, los ojos amarillos apuntándome. Pupilas negras, chicas; cuerpo arrugado, escuálido. Parecidos, éramos El espejo. Alto. En un rosa gastado que me daba mucho asco, lo acompañaban adornos. Eran sus plumas, negras.

-No, no quiero té. -mi nudo en la garganta habló.

Miraba para abajo porque no me quedaba otra. No afrontar, también es humano. Y nunca dejé destapar mi carácter ante estos miedos. Sí ante lo tonto, ante lo que no me asusta, como ante esas tardes antes de advertir las amenazas de la noche cuando cae en mis regazos, ingenua o quería creerlo seguía tomando un té igual.

Mi cabeza había trabajado por meses en paranoias, se me enredaban sinsentidos y me convencí que, otra vez, había creado este bicho. Quiso posar su mano en la mía, y automáticamente la alejé. Tenía miedo igual, que esta última actitud me condenara a otro castigo, igual o menor o mayor que al anterior, pero otro más. Una sonrisa morbosa me intimidaba, no me dejaba tragar, pero insistía en invitarme un té. Mi cabeza, floreciendo, no lo iba a poder soportar. Entonces inmediatamente volví a apartar la mirada, e inmediatamente percibí una mueca de desilusión, y un poco de la resignación inmediatamente. No me atacó nada, dejó que me alejara.

Sentados uno frente a otro, él sí tomaba el té. Me asustaba el pico deformado amenazante, potentemente proporcional a lo inútil que parecía. Será su fuerza, el músculo que lo defiende, la lengua con la que calla, el cerebro con el que ordena. Me miraba, y cada segundo me asustaba que fuese el más cercano a ponerme a llorar.

¿Por qué me presionas? ¿Por qué sos lo que sos? ¿Por qué me maltratas?

Con la fuerza con la que estaba intentando desaparecer, al punto tal de que ni mi respiración se escuche en esa casa tanto silenciosa como gris, un movimiento brusco en esa bestia me asustó. Se levantó rápido y con fuerza de la silla, agarró la pava con una extremidad y la taza con la otra, y colocó el té en frente mío con tal violencia y brusquedad, como si fuese un papel que tuviera que firmar, que volví a levantarle la mirada y ahora sí,



Imagen de Katya Simkin intervenido por Eugenia Christiani

sus pupilas ya casi ni se distinguían de unos ojos que me iban a matar. El mal genuino hilando amenazas para mí. Y las plumas me intimidaban, y los amarillos me apuraban.

-No quiero. ¿Por qué me presionas? ¿Por qué sos lo que sos? ¿Por qué me maltratas?

Y fue tal mi insolencia, que tomó su taza y la mía y las tiró contra el piso. Me agarró del pelo y en la oreja me recitó:

-Me vas a pensar siempre.

Colorada, con el corazón en la boca, con los pelos revueltos, con los ojos llorosos, con la dignidad en el rincón que era mi infancia, con la felicidad que me había significado la pubertad, con el aprendizaje que me habían obligado los 15 años, con la fuerza de mujer, me levanté y me agaché. Acerqué mi boca al piso y me agarré el pelo, a punto de lamer el té. Lo miré, y estaba extasiado. De muchas cosas. Sentí que en ese momento mismo era capaz de acariciarme de nuevo y sonreírme, y decirme que me quería y admiraba, enjuagarme la cara y limpiarme, que era su dueña preferida, me abrazaría, y volvería a colocar en la taza el té y el té en la mesa, como gesto de adoración. Sentí el rojo que estas ambigüedades significan. Saqué la lengua de la boca, y agachada, lo miré. Agachada también podía percibir todo el líquido caliente desparramado en el piso, y la felicidad de esa bestia que estaba dispuesta arreglar la violencia anterior. En ese momento de presión, le escupí los pies, y el piso que estaba pisando, su dignidad. Inmediatamente su cara cambió, ahora las alas se extendían, las expresiones se sobresaltaban, y los ojos casi estaban por pegarme la bala, confundido, furioso. La hornalla todavía estaba encendida, y en la adrenalina lo tiré al fuego. Miré loca de victoria cómo esa piel arrugada se contraía, cómo esas plumas en un segundo ya no eran nada, cómo esos gritos eran al fin, inútiles.

kumbia i anarkia 1.3 (*)

Nicolás Lupo



Dibujo de Ivi Inthakora

eran ya pasadas barias oras del mediodia, las nubes estaban grises i kasi tapaban el sielo/ asia un rato ke X estaba en su kasa, abia terminado la jornada del molesto trabajo de repartir bidones de agua/ kada bes ke interkambiaba dinero por esa agua se le inkomodaba la kara/ sospechaba ke era por ke eso no se deberia bender, pero no era solo eso, era la ciudad, el trabajo/ en bes de andar por las pampas a lo bairoleta o en la selba i monte kómo mate kosido, por desision o por dosilidad, trabajaba kon la yubia de marka registrada, prosesada, medida, pesada, transportada i kobrada/ la inkongruensia se le pegaba en la kara i en los muskulos de la piel biajando emboteyadx en un kamion de reparto eskibando a lxs enbasadx en autos ke sirkulaban por la kaye/

la bentana dejaba entrar las ultimas luses de ese dia oskuro, ke se reflejaban en la espalda de X ke miraba su sombra sobre la mesa, frente a un libro de la dibina komedia abierto en la primera pajina desde asia bastante/ estaba inmovil, paresia ke ni sikiera pestañeaba/ i adentro tenia un infierno, un juisio final abesinandosele/ no enkontraba una salida/ los problemas kotidianos se le presentaban kómo abismos insondables, kada insignifikansia le produsia angustia, frustrasion, kada estimulo le traia un pasado transformado a la medida de lo ke no desearia ke fuera/

serro el libro i lo dejo kon los demas al kostado de la mesa/ abia leído pokos de esos/ se prendio un pucho i agarro un papel de armar i una bocha de la kampera/ se armo uno i lo prendio i empeso a armar otro kon sus manos de dedos gruesos i asperos/ trabajar de peonx de albañil le abia dado un miembros doloridos i resistentes/ abia aprendido a konserbar su enerjia i su

fuerza para ke le durara meses de labor pesado, sabia no ablar de mas i desir lo justo, reflexionar sin komplikaciones, medir a la medida mas justa posible/ sus fortalesas lx mantubieron erigidx i despiertx asta ke una nesiedad interna i antigua lx desestabiliso/ i no ubo forma de bolber atras/ asi es ke boluntariamente se entrego al tumulto de boses en su kabesa, a sus miedos, a una espesie de autolaserasion, kon el mismo estoicismo kon el ke lebanto i tiro paredes/ es ke todo benia akompañado por sus respektibos miedos/ trabajo miedo al desempleo, konfort miedo a la inkomodidad, pareja miedo a la infidelidad i la soledad, propiedad miedo al robo/ kuando en realidad el desempleo, la inkomodidad, la infidelidad, la soledad, la expropiasion sean, kisa, lo ke ase ke una bida sea plena/ pero kuando kasi ke se deside salir ai algo ke se le despierta, algo asi kómo el miedo al rechazo/ no llega a pensar que el rechazo es un buen signo orientador porke la libertad yama la atension/ X eskarbaba/

kon los ojos echos una niebla i los pensamientos inkontenibles ke se iban ebaporando se akordo delx transa kon agradesimiento/ no todo tan mal/ no era nesario seguir kayendo al poso de su serebro tan de golpe/ neseditaba despejarse/ enkontrar una puerta, la salida ke ebitara la explosion de su animo/ aser algo/ abrir el pikaporte i sentarse afuera/ algien podria apareserse por la buelta de kualkier eskina/ serka de la tarde suelen salir a pasear, ban entrando a la kaye kolektora i se rejuntan por ese kamino/

arriba abia una de esas yubias ke se asen esperar, mobiendose lenta, oskura i chispeante; las ramas de los arboles estaban kietas/ la kaye kómo son las kayes, fachadas de kasa, beredas, autos/ paisajes de lineas rektas, de angulos rektos ke dejan atonitx, ke ipnotisan/ X estaba sentadx kontra la pared, inklinadx/ en eso, N doblaba la eskina para ir asia ese lado/ una silueta sobre las baldosas kon las piernas flexionadas, la kabesa bajando la mirada a la mano ke jugaba kon bolitas de paraiso/ N se aserkaba disiendo algo sobre prender los autos/ N era enkandiladx de libros, inkonexadorx de temas/ ese dia no/ ni sikiera argumentos, ni datos/ es en serio/ X trato de enkadenarse al pensamiento de N. politika, kapitalismo, konsumismo, gerra, ekolojia, poder, bosinas/ la serbesa mano en mano fue el resto del dialogo/ las gotas segian kasi kayendo/ prender los autos/ abria ke ir a esperar a lxs demas en la plasa para ber ke se podia aser kon eso

(*) este texto es una entrega por capitulos. Se puede ver todo lo publicado hasta hoy en

www.revistaextranasnoches.com/inicio-1/author/Nicol%C3%A1s-Lupo

Los algunos y yo

Lucas Peretti

Algunos nacen para cambiar el mundo

Como yo.

Otros para garcharlo

Algunos nacen con números

Y otros para nada

Otros con chamuyo

Como yo.

Y otros con letras

Algunos nacen con intensidad vital

Como yo.

Otros con maldad en la sangre

Algunos nacen con pepa

Y otros para vegetar

Otros con falopa

Como yo.

Y otros con porro

Algunos nacen con fuerza natural

Como yo.

Otros con la estúpida necesidad de absorber el conocimiento ajeno

Algunos nacen con potencia positivista

Y otros para enseñarse a sí mismos

Otros con crueldad negacionista

Como yo.

Y otros con carencia de ideologías

Algunos nacen con estrella

Como yo.

Otros con cielo

Algunos nacen

Y otros con miedo

Otros viven

Como yo.

Y otros mueren todos los días

Algunos nacen con dones

Como yo.

Otros con esfuerzo

El ciego

Y otros con mansedumbre

un silencio perfecto

Ana Gervasio

nada sana una herida.

ni aquel sombrero rojo.

ni esa muñeca sin brazos de ojos azules.

ni las luces alegres al costado de la almohada.

ni los fuegos de artificio

que encendían colores ardiendo como estrellas.

no sana una herida este paisaje imposible,

ni este desván de espejos rotos.

no sana una herida

esta plegaria triste de ángeles quietos

ni el sonido de la hierba creciendo en esplendor

detrás del muro donde se inmolaba el mundo.

yo vi su exilio antes del hastío.

sus ojos aferrados a una sombra

que se alarga hasta el origen de los nombres.

y vi el asombro en aquel gesto de luto de las nubes.

un aullido mudo en la tormenta,

en la flamante lluvia oscura: un silencio perfecto.

así fueron, después, todos los abandonos.

Centenario Blues: EL LLANTO DE LA LUNA Y EL AULLIDO DEL PERRO.

Néstor Grossi (*)

¿Hasta dónde podía durar una estúpida promesa adolescente?, ¿hubiese resistido al hundimiento del planeta?, ¿hubiésemos estado ahí cuándo ya no importase nada?

Yo estaba seguro que sí. Nuestro pacto comenzaba, ya sin ninguna cosa que perder. Además no era amor: sólo una simple cuestión de estrategia, de logística para cuando fuéramos dos viejos inservibles. Un pacto entre amigos, nada más. Cosa de pendejos, no sabíamos qué era el tiempo, ni el amor- el verdadero-, ese que va a más allá de la muerte, que puede cagarse en las cronologías y puede atravesar portales entre un millón de pasajes sin agujas del reloj ni calendarios.

Después, simplemente, darte cuenta que estás ahí, solo, ella ya no está, que podía seguir amándola y cada vez más.

Pensar que nos burlábamos de la muerte, Rubia.

Justo me dijo que me amaba en el momento en que descubría el primer amor, como una polaroid entre las páginas de algún libro viejo.

Pero volvamos a los noventas, al Parque Centenario. Sentémonos de espaldas al lago, bajo nuestro árbol de moras, rebobinemos hasta diciembre del 91. Un día después del gran pacto, de pedirte casamiento, de echarle como siempre la culpa de todo al alcohol. ¿Pero te acordás, Rubia, o no? porque también coincidíamos es eso, odiábamos la idea de tener que formar algún día una familia: a la mierda con todo eso. Ninguno de los dos era tan careta como para declararle amor eterno a otro. Hijos jamás, gracias. El sistema era una maldita verga y no teníamos ganas de joderle la vida nadie. Yo solo quería grabar un disco con mi banda y vos, manejar tu prostíbulo, el mejor de la ciudad. Ninguno de los dos quería respirar tuco el domingo a la mañana ni tener que terminar un día sin haber hecho algo nuevo.

¿Te acordás, Rubia?

No iba a importarnos el tiempo ni la distancia, ni los cómo, ni los cuándo, ni los por qué, ni los quiénes. Si a los cuarenta no encontrábamos a "esa persona", solo debíamos buscarnos y terminar la vida juntos. Tendríamos nuestra propia casa y un perro, tendríamos habitaciones separadas y podríamos salir con quien se nos atojase, pero bajo nuestro techo nada. Serían asados todos los domingos y fiestas los sábados, los viernes los dos solos, como siempre. Y sin que lo mereciéramos, de lunes a viernes, estaríamos manejando nuestro Cabaret, el mejor de la ciudad.

Ella sacó un boleto, hizo un cañito y metió el tucón.

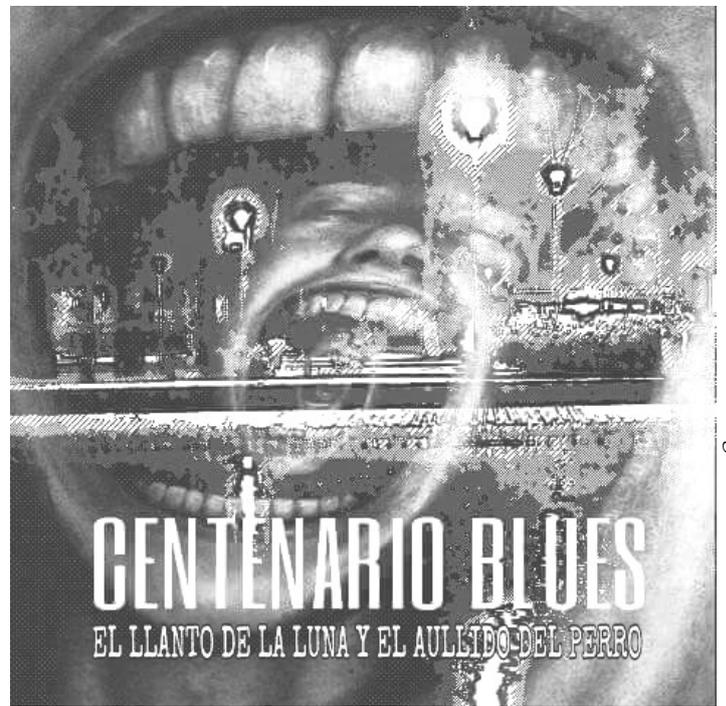


Imagen Néstor Grossi

-Tomá. Feliz navidad.

-Te quiero boluda, feliz navidad le dije mientras agarraba el porro y ella sonreía -te vas a acordar ¿no?

-Con que te acuerdes vos que sos quien sufre amnesia alcohólica, ya tenemos un pacto-. Dicen que los pactos de navidad se transforman en una magia que puede volverse en tu contra y hasta va más allá de la muerte. Así que arrepentite ahora o jodete, esto nos une para siempre ¿viste?

Veo, pensé, mientras retenía el humo en los pulmones y a lo lejos volvía a explotar otra ráfaga de fuegos artificiales, en dirección a la luna blanca, que siempre colgaba sobre el parque.

MANUAL DEL IDIOTA BÁSICO. EL AMOR Y LA TABLA DEL TIEMPO.

El primer amor es una mierda, es la primera vez que te marcan como a una bestia. El manual del idiota básico señala: "es uno de los amores que suelen sostenerse en la memoria hasta la muerte". Llamémosle, el recuerdo de la primera vez que cogiste con la persona por la que sentías amor. Es un recuerdo acompañado de una banda sonora épica y miles de instantáneas, de las que solo quedarán tres o cuatro. El primer amor es un error alrededor del cual edificamos nuestro futuro genital, es la idealización de una mujer que amaba tanto tu yo de aquel entonces, como vos lo amas ahora. Nuestro primer amor no es otra cosa que adorar nuestro pasado, un recuerdo algo vanidoso y egoísta, suficiente para durar "hasta la muerte"...pero solo "Hasta".

Otro capítulo del manual indica a la primera noviecita como otro de esos amores que no pueden olvidarse: básico, cursi, idiota por demás. Y lógico, es la primera vez que uno volvía con

su presa a cuestras. La primera vez que te rozaban las pelotas con el tiempo necesario como para poder disfrutarlo y eyacular a manos ajenas. Otro recuerdo viene acompañado de un teleteatro eterno y de la memoria de tu barrio y el colegio, los chicos de la calle y esas primeras salidas, donde ella te dejaba chuparle las tetas en algún reservado, para después volver inválido con un rayo de fuego que subía desde las pelotas hasta el pecho. Así, casi cortándote la respiración, hasta que ni siquiera podías pisar: la primera novia es la que te enseña que el hombre también eyacula por sanidad.

En el tercer puesto, el Manual hace especial hincapié en esos amores de no más de seis meses y señálese "amores", no hablamos de polvos. A-MO-RES, esas pequeñas batallas donde uno vuelve a hacerle una marca al fusil, como recuerdo de una buena campaña, y donde generalmente las diferencias sociales juegan un papel fundamental. Son esas historias, esos pocos momentos en la vida de un hombre, cuando los huevos y la razón suenan un toque afinados. Son esas putas hermosas que alivian las horas de trabajo y de facultad. Es la mejor amiga de tu mujer o la maestra de tu hijo, o la hija de algún conocido.

Hasta el amor más estúpido prevalece en el tiempo. Porque somos idiotas, asquerosamente básicos y traidores; porque somos tan cobardes que nos agrupamos para sobrevivir, nos inventamos un sistema que encaja a la perfección con los mandatos del establishment, hasta el punto de etiquetar nuestras derrotas de una manera hermosa. Ya fuimos reiniciados tantas veces que no tenemos ni puta idea cual es el verdadero amor.

Cerremos este estúpido manual que, del amor verdadero, no dice nada.

EL DROGADICTO Y LA PUTA.

Por supuesto, que la tenía vista. Todos la conocían, una chica como ella no pasaba desapercibida jamás. Y el chico que era yo en aquel entonces, tampoco. Podría decirse que era casi ridículo vernos un martes a la mañana en la panadería de la esquina, los dos de cuero y con botas, entre las viejas del barrio. Las miradas nos decían todo, el drogadicto y la puta.

Hasta que nos presentó el Gordo Marcelo, ella apenas si me dedicaba una mirada. Se sabía que era la novia de un poronga de la hinchada de Racing, se la veía siempre sola o con los pibes del parque, así que nunca nadie jodía con ella. Yo solo buscaba su mirada con una sonrisa idiota, cuando nos cruzábamos en algún negocio y la vieja nos miraba. Además, algunos decían que movía faso y yo era casi nuevito en ese lado del barrio. Me la cruzaba todo el maldito tiempo. Demasiado, tanto que parecíamos vecinos. Y a mí, una punta nueva no me venía nada mal.

Después de aquel día no volvimos a separarnos jamás.

Yo nunca me hubiese atrevido a besarla. Lo único que hacíamos era pasar el día juntos, fumar mucha marihuana, ver películas y escuchar música la mayor parte del tiempo. Hasta las tres de la tarde estábamos siempre en mi casa, después llegaban mis viejos. Entonces salíamos a hacer negocios por todo el barrio hasta eso de las siete, hora en que yo me iba a la nocturna.

Solo los fines de semana no nos juntábamos. Así que los viernes eran nuestros y sagrados. Arrancábamos fumando en el puente de Yerbal, pasábamos por el Sacoa de Rivadavia y, después, volvíamos por Acoyte hasta "casa". Siempre hacíamos la parada obligada con los pibes, en el quiosco de Otamendi: dos birras y a nuestro paraíso privado.

Yo tenía el dato: "La Renga" podría llegar a tocar en el Condon. Pero uno de esos viernes, no me acuerdo cuál de los pibes, lo confirmó. Tocaría el viernes siguiente, podíamos ir todos, incluso ella.

UNA NOCHE EN EL CONDON.

Esa noche, la fiesta era en la Federación de Box, así que estábamos muy cerca y fuimos todos caminando. Y cuando digo todos, digo el Bicho y su hermano el Villa, el Chelo, Yoni, Loli y el Cuervo Martín. Llevamos todo y ella llevó su bolsa de merca. A la Rubia le gustaba demasiado la falopa, esa noche todos tenían su bolsa personal. Bueno, ese era el plan, además de la fiesta y de "La Renga".

Adentro había un maldito quilombo, apenas si se podía caminar. Vamos para allá, señaló el Villa. La banda del Centenario comenzaba a abrirse paso hacia la barra. Y a la Rubia le decían de todo, tiraban manos, trataban de tocarle el pelo. Si no hubiera sido que ella ya nos había acostumbrado a no cagarnos a trompadas en esas situaciones, esa noche hubiese sido un verdadero puti club. No te separes de mí, le dije y la tomé del brazo. Ella se soltó y, al segundo, unos dedos que no conocía se entrelazaban con los míos. Y nos echamos a andar.

Era la primera vez que sentía su cuerpo, nunca la había tocado, nuestro único roce venía cuando ella me pasaba una tuca y nada más. Su mano fría y delgada era una parte de mi cuerpo y hasta el día de hoy puedo sentir su contacto. Así anduvimos por la Federación, mientras esquivábamos cuerpos y rescatábamos tragos, hasta que el show terminó y nosotros sin enterarnos de nada.

No sé quién de los dos empezó todo este quilombo. Yo solo la cuidaba porque era mi mejor y única amiga y la quería mucho, mucho de verdad y nada más. Nunca me había preguntado cómo la chupaba ni me había masturbado en su honor: Dios mío, ¡imposible! qué asco. La Rubia era una parte de mi familia, era mía. Y, además, yo ni siquiera sabía qué era coger. Los chicos de

mi época "hacíamos el amor", y mi amor ya debía estar en las playas de México.

"Vamos a casa"

No sé quién fue primero, sólo recuerdo el frío del otoño, una avenida Rivadavia desierta y el beso más largo y tierno que me dieron jamás. Hubo un segundo de silencio entre los dos, sin soltarnos, caminamos hasta llegar al Roberto Arlt y doblar por Otamendi, siempre sin decirnos una palabra.

Comenzaba a amanecer. Siempre nos fumábamos el último porro en la puerta de mi casa. Le dimos un par de secas y largamos otro largo round de besos, ante las miradas de los vecinos que salían a comprar el pan y confirmaban lo que siempre habían sospechado.

No te emociones, me dijo, al tiempo que me acariciaba la cara. Me aseguré que al otro día no pensaba acordarse nada, que era sólo una confirmación de nuestro pacto y nada más.

Nos besamos hasta que dijo basta. Después, simplemente se paró, nunca me dejaba acompañarla. Y yo me quedaba mirándola irse por el pasaje que apenas nos separaba. Los putos pájaros del amanecer resonaban en mi hueca cabeza y, en la esquina de mi casa, con la tuca en la mano, solo se escuchaba el taconeo de la Rubia que movía sus flacas caderas hasta perderse por Río de Janeiro. Otra vez.

Nunca pude olvidar el contacto de sus labios, jamás.

Sin dudas, el '92 fue nuestro año.

EL ÚLTIMO BLUES EN EL PARQUE.

En el '93 me conseguí un trabajo digno y dejé la secundaria. Ya estaba decidido: iba a dedicarme a juntar algo de plata, mientras me dedicaba a la música ciento por ciento. Ella también consiguió algo entonces. De a poco, empezamos a vernos menos. Yo me conseguí una novia y ella se fue un tiempo con su novio para tratar de mejorar una relación de años ya agonizante.

Anduvimos meses sin vernos, hasta que un día sonó el timbre, saqué la cabeza por la ventana y todo volvió a la normalidad. Como si no hubiesen pasado ni dos minutos entre nosotros.

De nuevo, era sólo el pasaje que volvía a separarnos.

Nuestros viernes habían dejado de ser la esquina de kiosko y Sacoa. Nos íbamos a una parrilla junto al "Poli"; después nos volvíamos cruzando el parque, bordeábamos el lago bajo la luna siempre blanca. Y, entonces, esa noche fui yo quien pidió confirmar el pacto. Pero algo había cambiado y rozaba la traición. Porque yo había empezado a escuchar la voz: "cogétela, mirala, está hermosa. Y empieza a tener tetas, fijate, estaba espe-

rándote para desarrollarse. No vas a romper el pacto, loco. Cogétela, es pasar otra prueba, nada más. Miralo de esa forma".

Por supuesto, teníamos que cagarla.

Cuando por fin estuvimos desnudos, después de tantos años, ni siquiera me dejó terminar de besarla donde y como era debido. Me llevó con sus manos y con esa mirada, directo a penetrarla. Un segundo y solo por un segundo, lloramos juntos. Entonces, simplemente fue seguir, tenerla tomada de la cintura mientras la escuchaba gemir y yo trataba de contar los lunares de su espalda.

Esa noche en verdad aprendí a amarla.

Después, el continente empezó a hundirse. El Centenario temblaba. Yo fui arrestado por tenencia de drogas y ella, al fin, se separó de aquel novio de tantos años para meterse con un diller de los más chetos del barrio. Obvio, al tipo no le gustaba mucho mi situación. Imagino que solo por eso dejamos de vernos. Al tiempo me mudé y apenas si nos hablamos por teléfono.

Una tarde, aunque nos costó combinar, volvimos a encontrarnos.

Era la primera vez que la veía enamorada, ese tipo le gustaba de verdad. Y el chabón parecía quererla bien. Pero la cosa no me cerraba y se lo dije. También le dije que era evidente que a él mucho no le gustaba nuestra relación, se notaba a la legua.

-No te pierdas, Rubia.

Ella me tomó de las manos.

-Vos y yo tenemos una promesa, un pacto de navidad. Nunca te olvides de eso.

-Sin críos

-Perros, al menos, tres.

¿Por qué no le dije que la amaba? ¿Por qué mierda no intenté besarla?

Después de aquella tarde, no volvimos a vernos jamás.

Aparecí un año después, a finales del '96, con dos entradas para el debut de mi banda. Me atendió el tipo, me despachó al carajo, aunque la Rubia también estaba.

Y eso fue todo, así de fácil.

Según los pibes, ella moriría dos años más tarde.

CORAZONES EN ATLÁNTIDA

El siglo terminaba y el Centenario se hundía como un viejo continente maldito, llevándose todo. De a poco, perdimos la manera de hablar y de movernos, se borraban los caminos, el tiempo nos marcaba la diferencia entre el sexo y el amor. Mien-

tras afuera, las noches se iban perdiendo hasta dejar a la ciudad como una mueca idiota y sin dientes. Nuestro mundo desaparecía de a poco. A veces pienso que fue eso, que Mi Rubia no lo pudo soportar y se murió de tristeza.

Nunca conocí a otra mujer como ella. Y, aunque volví a enamorarme mil veces más, no tuve jamás otra amiga. Hasta el día de hoy, no me casé ni tuve hijos, y sigo con la idea de no bancarme vivir con alguien.

Nuestro secreto fue la amistad, una promesa adolescente y un pacto que nos protegía de la idiotez, cuando nos perdíamos en las noches.

Porque hay un amor que sobrepasa al tiempo, que va más allá de la muerte y a pesar de ella, quizá por eso bajo a mi ciudad. Quizá sólo soy un simple idiota que siempre cumple su palabra.

LA NOCHE EN QUE SE PIERDEN LOS IDIOTAS.

Solo a través de la noche encuentro tus ojos, por eso bajo a la ciudad y a tantas cosas que no recuerdo, cuando cruzo el pasaje donde fui jefe una vez y ahora soy un extraño en mi maldito y puto barrio.

Quizá por eso te busco.

Porque tengo que atravesar la noche para encontrarte detrás de todas las ventanillas de los bondis que se pierden por la ave-

nida, mientras no hago otra cosa que mezclarme en un mar de luces y miles de cuerpos que arrastran el odio de mi alma en llamas; mientras me atraviesa el humo que desprenden los motores y se roba mi aliento de farmacia.

Quizá por eso te busco,

Porque sabía que siempre ibas a estar entre las sombras del pasaje, que podías hacer crecer ahí nomás un árbol de moras con tan solo desearlo.

Por eso te busco.

Porque somos la ciudad que invocaste,

Somos la noche en que se pierden los idiotas, somos los faroles que se pierden en la avenida y no terminan de revelarme tu figura dentro de esa luna siempre blanca;

Por eso te busco, porque vivir era esperar la noche, por eso bajo a mi ciudad aunque tenga que arrastrarme por tus calles hasta perderme en la amnesia oscura de una noche infinita, donde nos negamos por última vez, y donde nos negaríamos por siempre.

(*) Este texto fue publicado por primera vez en la revista *El Anartista* bajo el título de *Centenario not dead*.

Lo que dicen todos

Leandro Fontela

No dormir con tantos pensamientos. Todo el universo late en mi cabeza. Me pesa haber sido tan necio.

Hace tiempo estoy tratando de exorcizar los fantasmas que dejaste en mi piel, que se apoderaron de cada rincón de mi casa. Me muevo solo para ir al baño, rara vez a la cocina. Estoy roto.

Prendí el celular. Estaba atestado de mensajes del Ministerio. Me están por echar. Eso dicen. Pero: ¿a dónde voy a ir?. Soy un adicto con un tremendo síndrome de abstinencia. Un remolino de nervios con ganas de nada.

Junté fuerzas y caminé hasta la ventana. Prendí un cigarrillo y después otro. Recordé tus manos. Siempre estaban frías. Me enojaba cuando me tocabas por sorpresa. Es extraño las cosas que uno recuerda. Me siento estúpido. Solo y estúpido.

Abri la ventana. El mundo sigue siendo un lugar hostil. En estos tiempos se ha puesto peor. Por un momento pensé en cerrar todo y meterme en la cama con los espectros otra vez. Qué mierda me importa, si estoy perdido en una niebla de nostalgia eterna.

Fijé la mirada en un bulto pardo en el asfalto. Es un perro, creo, cruzando la calle esquivando unos camiones enormes cargados con contenedores. Cerca del semáforo un policía gris se rasca la cabeza con la gorra en la mano. Al mundo le importa tres cuernos mi soledad infinita. Tu ausencia absurda. Unos guardapolvos blancos le hacen señas a un "Norte", que pasa de largo. Dos chicas se ríen cómplices y se dan un beso. No somos nada, me digo, y boxeo otro mal recuerdo.

Las sombras anuncian la llegada de la noche, me arrastro hasta la cocina y me acurruco cerca de la mesa, contra la pared. Huelo el recuerdo del perfume de tu pelo y atesoro retazos de palabras de nuestra última conversación. Algo dijiste sobre el último disco de Bowie. Algo acerca de brillantes y estrellas cuando el sol pega en el vinilo. Estoy enfermo.

Camino a los tumbos los tres metros necesarios para llegar al baño y abro el grifo de la ducha. Camino los tres metros necesarios. Abro el grifo. A los tumbos. El agua lava las heridas. Eso dicen todos. Yo siempre desconfié de lo que dicen todos...

Comete un limonero

Fernando Bocadillos

Cuando me acuerdo de Mariano
(alguien a quien a duras penas conocí)
(pero en los loqueros uno ya se conoce a conciencia)

La cara inflamada por la medicación
y la tristeza
ojos vidriosos azules, pelo blondo, contextura
hendida y trágica

Le había dado a ella una foto de su cara
de tiempos mejores
en la foto estaba sonriente, peinado, limpio
nutrido y querido

Entonces ya moraba en esa casita de desamparo donde todos
respetaban a todos, y era un insulto antes y seguro debe
ser una vergüenza ahora que haya lugares donde
la gente no se grita los unos a los otros
camisa sucia con el cuello espachurrado
las bolsas en los ojos
una excusa de sonrisa
o una sonrisa por excusa
uno nunca sabe muy bien por que
a esta altura

esa cosa llamada sonrisa aparece en medio de la cara
si es que todavía te queda una
cara donde ponerla si es que todavía te queda
una cabeza

Iba yendo ese día al semi-internado donde me
revolvían el cerebro cuatro veces por semana
vi a los bomberos en el paso a nivel
El joven poeta había olvidado de olvidarse de
las razones equivocadas



Imagen de Fernando Bocadillos

el tren estaba parado a unos cincuenta metros
pasando el cruce de peatones
y el joven poeta estaba esparcido aquí y allá
debajo y arriba

Escribía sonetos y poesía rimada
había sido premiado
mi ex-mujer tenía copias de esos poemas
yo los había leído y si los tuve en mi casa
ya no los tengo
no porque fueran muy malos
ni porque fueran muy buenos
poemas sobre limoneros
empezaba con limones y
terminaba con limoneros
me hacía acordar a Lorca
Lorca y Mariano terminaron
en una zanja por tratar de ser
hermosos

Caminé unas cuadras a la izquierda
crucé por el túnel que va por debajo de la
Estación Carranza
hice dos o tres cuadras hacia el sur
rodeé la escena de la tragedia solo para
defenderme de eso

porque yo ya estaba muy cerca también
volví hacia el nosocomio
hice mis preguntas
me respondieron algunas y algunas de esas
preguntas
esos hijos de puta psiquiatras hijos de una gran puta
todavía me las siguen cobrando
esos intrusos que una vez que entran en tu alma
te meten un dedo en el culo y lo dan vuelta
y hacen que te guste

El apellido era Newton
cara roja y ojos azules como el agua de la lluvia
en un cristal mugriento
edad no especificada, lejos de los treinta
panza residual el pelo revuelto
hijo de una buena familia
o había una familia adentro de ese buen hijo
vos y yo sabemos que los poetas nunca tienen
una buena familia
ni nacen en un mundo bueno
el mismo mundo que los pone en la cárcel
en un loquero
en un cuartucho de beneficencia
los locos, los putos, los comunistas
los pervertidos, los esmirriados asistentes
de los cines pornos y los puteríos
los nerds detrás de sus gafitas ensangrentadas
la enana de una sola pierna
la gorda que se sacaba solo dieces y que ahora
limpia oficinas cuando cae el sol en el
cementerio del distrito bursátil de Catalinas Sur
la chiquilla pálida que vendía dibujos a lápiz borroneados
en la noche de Balvanera con dos grados bajo cero
por cinco pesos y que nunca compré
la manera estoica y automática en que las putas gordas

y viejas de Plaza Miserere se paran contra las rejas
esperando a otro soñador estafado como ellas
alguien que pague por eso
los esnifantes de todo
los conocí a todos
los conocí a todos
algunos aún están vivos pero esos son los menos
se esconden conmigo a la noche
algunos vienen a casa a tomar una cerveza
y los hago enojar porque estoy enojado conmigo mismo
(vuelven, porque son mis amigos)
y algunas vienen a dormir a mi cama
coge bien, ama intensamente, llora copiosamente
y la acaricio porque tiene el corazón de un rojo muy oscuro
se lava el pelo y a la noche duerme conmigo
con un ojo abierto y con el otro cerrado soñando
con pasos a niveles, nudos de horca, pastillas
flores de plástico, pañales sucios, drogas,
patios de escuela baldíos donde juegan
los hombres y mujeres convertidos prematuramente en ceniza
que espasma
helicópteros rojos, jirafas rociadas con napalm norteamericano
y la sonrisa de mamá que es como la cabeza cianótica cercenada
de un chimpancé con esa mueca perenne en la jeta
misiles que caen en solares de azufre en el corazón de la infancia
trompos yoyós muñecas con los ojos dados vueltas con
las tripas llenas de discos rayados imparables
y limones
muchos limones
muchos limones sin milanesas debajo para comer
solo limones
gordos y estúpidos limones entrando en tu boca y en
la mía
contra tus dientes y en contra de tus lágrimas
uno por uno llenándote de infierno
ahí en el papel

ahí en el papel
ahí en el papel
y es estúpido y triste y más triste y más estúpido que antes
antes que la primera vez que pensaste en ello
en la niebla feliz de la juventud
y te asalta este sentimiento alienígena a todo por lo
que peleabas y resistías, no?
Y cuidado conmigo
que estoy suelto
aún y te estoy
buscando a
vos.



Debajo de todo hemisferio

Lourdes Peruchena

debajo de todo hemisferio
donde el nordeste ha de cruzarse con el rostro de la muerte
donde solamente se escuchan las murmuraciones de la cañería
debajo del bigote del héroe o del santo patrono o del marqués
de las cabriolas
debajo de la túnica de los filósofos griegos
donde yace la corona de cristo hecha pedazos donde crimea
recuerda sus batallas perdidas por la mala calidad del cuero
rioplatense
allí debajo urde su tela una araña deslenguada
yo me siento a observarla le predico le profetizo que será tan
desgraciada
la aconsejo como una mala madre
la acoso
la hago entrega del premio de la lotería la aburro con mis poe-
mas
de estilo caribeño con mis malas imitaciones de los

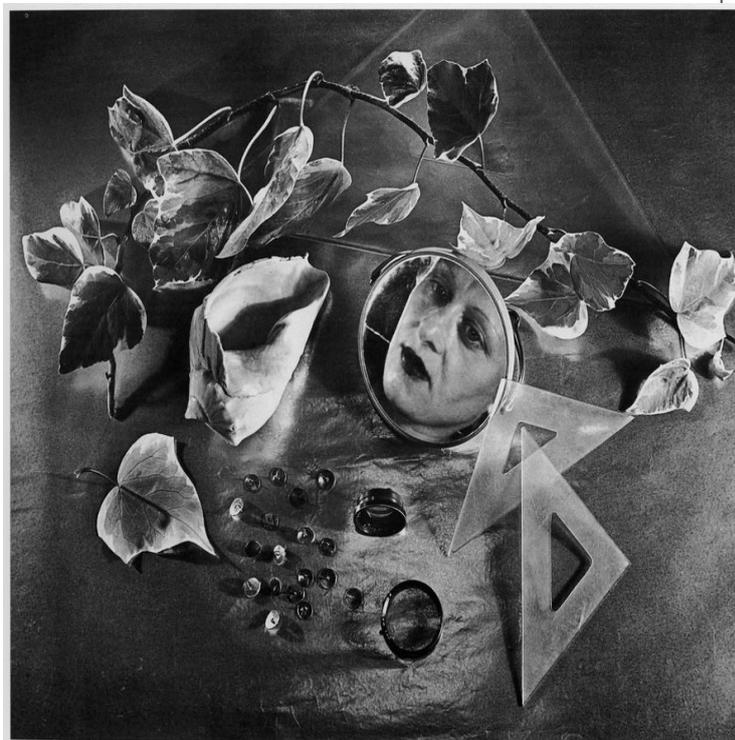


Imagen de G. Stern

yankees
debajo de todo hemisferio la araña me mira en silencio teje y
desteje
al rato -cuando se acabó el café y pasó el último vagón del
orientexpress- se presentó
soypenélope
(rauda partí hacia calcedonia. debajo de aquel hemisferio la
música de las cañerías era insoportable)

TRIBULACIONES (astrofísicas) para la nueva etapa

M.S. ERGOSUMQISUM

Cada mañana suele ser, después del misterio de la nada, un inquieto resplandor. Ese resplandor busca liberarse del hermetismo de la estructura anterior que ahora es de contención. Entonces las nuevas experiencias suelen ser desgarramientos y sus movimientos parecen ser contradictorios. Hay que atender a racionalizar que las ambigüedades son todas arbitrarias.

¿Se debe respetar la oscuridad propia?

Porque es una triste sensación la de no ser sacrílego con las ideologías de la burguesía. Pero es una alegría tener definición de la verdadera y justa, justicia de la libertad. Que esto no es ni será mera mención de palabras.

La ideología libertaria asusta al que no tiene mirada, pero alienta y abre ventanas. Del otro lado, los teólogos, justifican la arrogancia y la vergüenza. Le regalan la luna a la maldad.

PERO:

El fuego nos hace recuperar la noche. El viento dispersa las consignas. El trueno abre las miradas. La música expande nuestros deseos.

Sabremos ver la relatividad de la abstracción y conoceremos a simple vista la simpleza de los genios comunes. Nos alegraremos de las travesuras de los bribones y villanos en los términos anti-guos.

Sabremos detener esta vez el desfile maligno de verdes, azules, de celestes y blancos, sobre todo de blancos coloniales.

Ahora miraremos la comedia trágica de la CONTUMANCIA que se detiene solo al sentir sus lágrimas de clase, sus medias culpas clásicas.

Así por eso para esta nueva etapa-año inventemos nuevas claves, desenterremos el arcón de la tatucera con las cartografías de nuestros sabios. Hagamos alquimias de materiales y comprobables herramientas.

Esperemos la hora cero para burlarlos.

Para que su terror no nos moleste el fogón y podamos silbar-batukear-candombear-quilombarnos entre iguales.

Así los juglares.

Así las auroras.

Así las tres, las cinco, así las dieciocho.

Así los guantes, así los puños.

Así la química, así la piedra.

Así l@s amores.

Así los futuras, así las futuros.

ASÍ: porque sabemos que sí, que hay mañana mundos nuevos que construir.

Un mundo posible

De la Croix ()*

Un azul profundo intrínseco igual de sublime

nunca fue tan fácil y nunca estuvo tan lejos

y muy de lejos que nunca fue por acaso un ocaso

recuerdos de un capital absoluto, el aire se materializa en mundos existentes

alienado a una moneda tan corta como eterna, corrosiva búsqueda.

Territorios posibles, de memoria prisionera y rapaz, ígnea, ranura, risueño, intangible en el

retorno retardo, de retazos de mejor selección, agudas luces

Certeza y mirada, lenguaje y desafío. Un suspiro un aliento.

() De la Croix nació y vivió en varios países de Latinoamérica. Actualmente reside en Argentina. El texto que incluimos fue escrito en el Centro Universitario alojado en el penal de Devoto*

Composición Tema Un día de Campo (Cuentos de la Gringuita)

Teodora Nogués



El señor maestro está feliz con mi composición. Soy la única que entendió la consigna. Me gusta que le guste, pero siento un poco de vergüenza, por mí y por él, vergüenza ajena, creo que se llama eso que siento. Porque yo sé escribir como una nena de ciudad y lo que es salir a pasear al campo. No es que haya tenido tantos días de campo en mi vida, pero entiendo el concepto.

Soy la única dentro del aula, que compartimos los doce alumnos de sexto con los tres de séptimo, que nació y vivió en una ciudad. Mis compañeros de grado nunca vieron un edificio ni se lo pueden imaginar. Ninguno de los cincuenta alumnos de mi escuela se lo puede imaginar.

Una nena de tercero sintió curiosidad el otro día y me preguntó en el recreo:

-¿Y viste alguna vez un edificio de tres pisos?

- Sí, y de más también. Mi abuela vive en un edificio de catorce pisos.

-¡Callate! ¿Existen edificios de catorce pisos?

-Sí, en algunas ciudades hay hasta de cien...

-¡Callate!

El señor maestro pasa lista.

-¿Juana Rosa Corregidor?

-Presente, señor maestro.

-¿Tu composición?

-No la hice.

-¿Sos bruta? Sos la peorcita de los Corregidor, tus hermanos no eran así.

Para Juana Rosa todos los días son un día de campo, pero no de paseo. Ella y su hermano Aníbal que está en quinto, se levantan siempre a las cinco de la mañana, toman unos mates cebados y caminan dos kilómetros para ir al corral donde los Corregidor

tienen sus cabras. Vuelven a su casa, se bañan y caminan tres kilómetros hasta la escuela.

Entramos a las ocho.

A las diez nos dan mate cocido y comemos el pan casero que traen los alumnos por turnos.

Le toca llevar una horneada a una familia cada semana.

Apenas son las nueve de la mañana, Juana Rosa hace cuatro horas que se levantó, caminó siete kilómetros, llevó a pastorear a sus cabras, todavía no ingirió nada más que unos mates amargos y el señor maestro ya le está preguntando si es bruta porque no escribió la composición tema un día de campo.

La compara con sus hermanos mayores que son los que "triumfaron". La hermana está cursando sus estudios secundarios en San Miguel de Tucumán mientras trabaja cama adentro en una casa de familia. No hay secundaria en el pueblo ni sus alrededores.

El hermano mayor trabaja en una zapatería en Santa María. Lo vi un par de veces cuando vino de visita para las fiestas. Se viste canchero y huele rico.

Juana Rosa y Aníbal son los que me enseñaron el camino a la escuela y a pelar el maíz en su mortero de piedra. Son los que me prestan su mortero cada vez que en casa (si puede llamarse casa la tapera en la que vivimos de prestado) queremos cocinar un loco.

Porque yo tendré muy claro cómo escribir sobre un día de campo, pero mi familia "los hippies" no tiene ni un pedacito de campo donde poner un mortero.

Comprendo mejor que nadie la expresión "no tener un lugar donde caerse muerto". Y no es lo que más me preocupa, el problema de no tener donde caer mientras vivo es lo que me desvela.

Quiero defender a Juana Rosa, decirle al señor maestro que no es ninguna bruta, que el bruto es él, pero entonces me acuerdo de la última vez que fui a pelar maíz a la casa de los Corregidor. Juana Rosa me recibió cagándose de risa.

-¿Qué pasó, Juana?

-Los hermanos Escobar violaron al hijo de la vecina.

-No te entiendo.

-Que los hermanos Escobar violaron al hijo de la vecina.

Me cuesta entender lo que dice y quiero creer que lo dice en chiste, aunque no le veo la gracia.

Detrás de la casa de los Escobar vive una mujer mayor con su único hijo que tiene un retraso madurativo severo.

No sé si es verdad lo de la violación.

Me doy cuenta de que yo también creo que Juana Rosa es bruta, pero no por la misma razón que el señor maestro.

No puedo creer nada de lo que se dice dentro y fuera de la escuela. Los chicos dicen cualquier cosa y los no tan chicos también.

Si voy dejarme llevar por los rumores, a Juana Rosa le crecieron los pechos, porque cacho "se los formó". No entiendo mucho de sexualidad, pero sé perfectamente que los pechos crecen con la pubertad, sin ayuda externa de nadie y que Cachó nunca en su vida tocó a una mujer, seguro que nunca vio una teta ni de lejos, tal vez las de su madre si es que fue amamantado, pero lo dudo.

El sexo para él, pasa por hacer gestos obscenos, secundado por sus amigos cada vez que el señor maestro sale del aula.

Cachó está en sexto grado, ya perdió la cuenta de cuántos años repitió. El año que viene va a cumplir 16 y va a estar en séptimo. De los doce alumnos, sólo vamos a egresar cuatro. Raquel y yo porque supuestamente estamos mejor preparadas que los demás; Cachó y Mingo, porque el señor maestro dice que si repiten otro año más ya les va a tocar el servicio militar y todavía van a estar en la primaria.

Cachó me provoca repulsión y miedo. Es el más grande de la escuela, no solo de edad sino de tamaño. Dentro del aula es el líder de los varones. Afuera yo creía que también.

Estamos volviendo de la escuela, de pronto los varones empiezan a gritar:

-¡Ahí viene la hermana de Cachó, la hermana de Cachó!

Viene del pueblo con su bebé en brazos. Una chica muy joven. Es soltera, pero casi todas las madres de mis compañeros tuvieron al menos un hijo "en soltera", sino a ellos mismos, a sus hermanos mayores. No sé por qué el ensañamiento con la hermana de Cachó.

-¡Ahí viene la hermana de Cachó, viene con la guagua!

-¡Vení que te hago una guagua!

Le tiran piedras que no llegan alcanzarla a ella ni a su bebé, pero le pasan cerca.

Lo miro a Cachó. Claramente no le gusta la situación, esta vez no se está riendo como siempre con las guarangadas de sus amigos, pero no hace nada y no entiendo por qué. Baja apenas la cabeza, cuando su hermana pasa delante suyo. Cachó es gigante, con dos manotazos podría voltear a cuatro de los adolescentes enclenques que están intentando lapidar a su hermana. O simplemente mandarlos callar con un grito.

Dejo de tenerle miedo a Cachó, ahora sólo le tengo lástima.

Cuando estamos llegando al pueblo, justo pasando al lado de las primeras alamedas, empieza a soplar un viento agradable que vuela las hojas amarillas y ocres de los álamos.

Corremos y saltamos tratando de atrapar las hojas. Por un momento siento que somos un grupo de niños y adolescentes normales, o lo que yo entiendo como normales, de los que escriben composiciones sobre días de campo y hacen paseos que no implican apedrear a tu prójimo.

Dura poco el momento, lo interrumpe la voz áspera de Carmen detrás mío.

-¡Ey, jipa!

-¿Por qué me decís jipa, Carmen?

-Porque sos la hija de los hippies.

-¿Por qué le decís hippies a mis padres? ¿Vos sabés que son los hippies?

-Sí, una raza, una raza muy fea.

-En realidad fue un movimiento norteamericano de los sesenta...-Intento explicarle, pero me interrumpe.

-Jipa, tenés todo manchado de rojo atrás.

Me miro el pantalón con la ilusión de haberme hecho señorita, pero no veo que esté manchado.

-¿Dónde tengo manchado, Carmen?

-Atrás, tenés todo rojo, todo rojo ¿Qué te van a decir tus padres?

-Nada ¿Qué me van a decir? Felicitaciones, supongo.

-¿No te van a cagar matando?

-¡No! ¿Por qué?

-Porque ya no sos virgen.

Entonces entiendo: en este pueblo infernal al que me trajeron a vivir mis padres, por alguna extraña razón que desconozco; en este inframundo, las criaturas que lo habitan, creen que las tetas crecen sólo cuando alguien las apretujó, que sodomizar a un retardado es gracioso y que la menstruación le viene solo a las chicas que ya tuvieron relaciones sexuales.

Entiendo también que todavía no me vino. Carmen me mintió porque quiere sonsacarme, que confiese un crimen que no cometí y tal vez verme terminar mis días muerta a pedradas.

Carmen tiene catorce años y está en quinto grado. Poco antes de cumplir quince, queda embarazada, no llega a cursar sexto grado, no llegará nunca a saber nada sobre contracultura de la década del 60, ni a hacer la composición tema Un Día de Campo.

Fundé Troya

a

Fundé Troya.

Enseguida ardía.

El campo abre un sendero, entre espigas, cuando sueño.

La guerra fue con armas literarias.

Saqueé al mundo en el que la hoguera sería el ataúd donde prendió el fuego.

El río me da miedo. El agua me teme. En sueños no puedo tirarme. El pie se sumerge. Escalofrió.

Destruí poblados. Dominios. Campos donde se concentraba el control del mal.

(Cuando borrás con la palma, hermano, nubes consteladas en una guitarra, lanzás la flecha desde el arco que no volverás a usar).

Marraka es la palabra. El signo no pretende lo que significa.

Grité cuando todos estaban muertos. Pude gritar cuando Troya se desvaneció en la última página del libro. Desaparecida. Como personaje grité: ¡Marraka!

Escalofrió. La garganta del demonio en dios.

Pude. Pude gritar cuando estaba muerta.

aa

La casa hundida. Oblicua, borracha, te miro desde afuera. Ende-rezo la persiana apenas levantada. La ventana. Me acerco. El

vidrio siempre derecho. Erguida, tomo distancia. La Aurora.

Águila guerrera. Con el nivel, no puedo medir la transparencia.

Aleteo. No. No burbujea el mercurio. Tengo fiebre.

Me espío desde afuera. Sobre la mesa, anteojos; el libro de Troya cerrado; manuscritos con enmiendas y tachaduras.

Estoy fundando otra aldea.

aaa

¡Marruma!, grito.

El pájaro que entorna la puerta de roble a la madrugada.
¡Ma-rru-ma!, canta, en una sílaba de asma.

aA

Tus ojos verdes detrás del fuego azul de la hornalla. Veo.

¿Todavía tenés sueños después de la vida cuarteada?

El fuego azul detrás de tus ojos verdes. Veo.

Gisela Mancuso

A

En una iliada construí el continente.

Vinieron de otros mundos del primer mundo. Abrieron los ojos. No pestañaron. Los ojos abiertos durante la estadía.

“El asombro”, decían, “lo habíamos perdido”.

“El asombro, señora, porque aquí no hay nada”.

Aa

Epifanías.

El agua hierve. Salta la tapa de la pava.

La canilla gotea sobre el punto más blanco del piletón.

La botella transpira sobre la mesa.

Escribo sobre una hora en blanco, que era una hoja en blanco, que era el otoño blandiendo el cuchillo contra el invierno.

Aaa

La gata duerme. Se despereza.

El pájaro de la madrugada llora entre las tejas y el cielo raso. Abre una puerta hinchada: todas las noches me pide que entre.

Aaaa

La casa oblicua. El vidrio sucio.

Me acerco derecha a la ventana derecha. Me retracto: nada es transparente.

AaA

No hay libros sobre la mesa.

El continente se tiró de cabeza al agua.

Cuando sueño le temo al río y el mar me teme.

AA

No está la casa. Ni el vidrio.

El terreno es un campo de espigas, que se abre como un Jordán, para que camine hacia el sol sin mojarme.

El pájaro, en la entrada, me canta que entre.

Esquizofrenia

Juan Borges

Desde que me han encerrado en este lugar me siento más neurótico. He olvidado nombres, lugares y situaciones vividas. Aquellos monstruos que antes me asolaban solamente durante la noche y en sueños, ahora me asedian permanentemente. Todavía no logro diferenciar sus voces de sus rugidos, su lamento de su euforia. Sé que lo lograré.

Me encerraron ya no recuerdo cuándo, tal vez hace un día, un mes o hace años. Como recordarlo. Los médicos me diagnosticaron insania mental, esquizofrenia, traumas de asociabilidad y categorías por el estilo. No entiendo demasiado esas patologías, ni el color de mi habitación.

Tengo un inmenso jardín que me rodea. Durante las mañanas escucho el canto de los pájaros, que se posan en las ramas construyendo himnos encriptados que solo ellos comprenden. Posiblemente hagan referencia a mi conducta, a mi insania. Sus colores, sus sabores, sus tonalidades me son ajenas. Sin embargo, estoy comenzando a interpretarlas.

Algunos seres que me atraviesan por las noches son oscuros y me provocan mucho daño. Otros un tanto menos. Mis salidas al jardín son como una transmutación a la luz, a la vida.

Antes al menos escribía. Mucho. Poesía, cuentos, prosa. Ya mis dedos están paralizados, debido a la medicación, a las torturas, a los golpes. A las curaciones espirituales y a las oraciones... Todo aquello pertenece al pasado, cuando mi sitio se encontraba del otro lado del muro. Donde viven los mortales, los grises, los formales, los sanguíneos. Pobres de ellos, se creen a salvo y de esa manera ignoran este lado del muro. Pasan por la muerte y fingiendo su inexistencia ni siquiera me miran, nos miran. Ya no tengo uñas, ni dedos, ni cabellos. Soy una tumba.

Afortunadamente he olvidado palabras, las fui negando poco a poco, sustantivos, verbos, adjetivos. Qué más da?

Me asisten cadáveres, seres en descomposición, cuerpos desnudos sin sexo. Los lamo, los saboreo sin sentir nada. En mi habitación he logrado acumular unos cuantos, al menos mi extrema soledad se hace más llevadera.

En cuanto a esos miserables que supieron fingir afecto, dulzura, orgasmos, los he ido olvidando poco a poco. Ya no los necesito. De nada sirvieron, al contrario han sido los culpables de este padecimiento. Un mundo que me domesticó para ser el muerto que soy. Las escuelas, las iglesias, las oficinas públicas solo fueron motivos para desfigurar mi mente. De niño supe alimentarme de cariño y estupidez. Me han violado mis mayores, y los seres cercanos a mí. Los demás apenas observaban cómplices, sin emitir opinión ni juicio.

A mis padres se los llevaron una tarde. Nunca volvieron. Irrumpieron varios hombres armados. Una patota. Mis hermanos y yo fuimos separados. A mí me tocó la peor parte. Las peores aberraciones. Y de fondo un mundial de fútbol que nunca comprendí.

Me crió un señor que nunca llegué a querer. Siempre uniformado. Severo, cruel, patriótico, católico. Cuando cumplí los dieciocho años tome la firme decisión de matarlo. Nada corría en mis venas. Ni resentimiento, ni venganza, ni dolor. Lo maté.

A partir de allí ya no tuve miedo a nada. Será por eso que en este lugar disfruto del sol, los pájaros, los colores, la música y principalmente el aullido de esos seres podridos que me acosan día y noche. Ya no tengo miedo. Después de todo uno aprende a sobrellevar el horror. Nada es ajeno cuando uno se acostumbra a él.

Ruido blanco

Angelique Reid

Ira contenida, todo está por estallar
el cronómetro va contando hacia atrás
aléjate o lárgate... desaparecer es mejor.
Tu presencia ya no me produce interés
ya sabemos por qué sigues aquí
me tomas del estante, me usas cuando quieres
cavando en mis entrañas
la felicidad ya no se encuentra.
El eco tiene la tonalidad de un 'Do' sostenido
el dolor ya ha echado raíces

la maleza ya me ata a la tierra
la cadencia se rompe y aún sigues aquí
tomándome y drenando lo poco que queda de mí.
Sólo soy ruido blanco en tu memoria
una apetosa esquirra en tu corazón
haces que me odie cada día más
haces que adore a la muerte
con cada segundo que pasas a mi lado...

Texto gentileza de

Artis Nucleus

Vista de gatos con frío

Juan Rudolffi



Apareces de pronto un día
y el frío se cola por las ventanas
salen fotos despiadadas
cartas quemadas en los ceniceros
vuelve el grito de un pájaro
a punto de ser acechado
por hambrientos gatos que habitan la agonía.
Pero, estás congelado
y la palabra amor de pronto suena tan cruel.
Cubres tus huesos con dos cobertores sucios
y puedes ver como se pudre la leche
en la esquina de un velador
y las fotos envejecen
y se llenan de esa marca marrón
por tanto juego respiratorio.
El día pronto partirá
y sabes que un corazón aparte se escarcha
y vuelve a caer al mar
para ser devorado por las focas.
Aquel pájaro no puede volar
y los gatos felices desplumas
ya no queda ni un solo cigarrillo
y la esperanza de pronto es
el viejo motor de un ruidoso auto que pasa por faeneros esta
noche.

Aullido

María del Rosario Moreno Geselj

Revuelvo entre espasmos de Sal
ese néctar perdido,
recorro
cual flor de la mafia china
la calle que oprime y acalla
mi accidental desnudez. No pido
Socorro, tan solo clemencia.
Mi piel entera se parte y reseca
entre intensos resplandores de luz
fría y Blanca.
Disfrazo mi carne en un vano intento
por no ser devorada por lo bajo
de este mundo. Y regreso triunfante,
masacrada; y por dentro un abismo
que no cesa.
Escapo del sueño que quise alcanzar
cuando drenaban mi sangre con dientes parásitos, descoso
la herida
antes de tiempo, y lo único que logro encontrar
es aquella perpetua marca en mi dermis
fácilmente descartable.
Demás animales reniegan de aquella condición suya de
cautiverio
y yo me lamento
por todos ellos.
Y por mí misma y mi eterno
e inevitable
encierro.

Imagen de Minjae Lee



Relato de un retorno al hogar que fue infancia

Ariel Adler

Me detengo ante la gran puerta de madera que de un momento a otro tiene mi altura. Está colmada de pequeñas perforaciones hechas por picotazos, y nidos ya resacos, ausentes, como casi todo.

Una bandada de hojas otoñales se arremolinan hacia el interior de aquella casa que alguna vez fue infancia.

Parte del techo está desmoronado. La escalera caracol es ahora sólo recuerdo, como también los son los muebles, las guirnaldas que colgaban desde algún cumpleaños, y el hogar de invierno: pura ceniza.

En un rincón estaba mi baño, y el espejo de lo que fui, y en donde me reconocí como aquel que tiene forma y sonrisa, y también vacío.

Una brisa cálida proviene de una abertura que es huella oscura entre tanta madera caída, y vergonzosa luz que atraviesa lo que queda del ventanal del comedor.

Sigo la pista de aquella corriente de aire y me adentro en lo que fue mi primer llanto, mi primer grito, y mi primer balbuceo, que para otros fue palabra endulzada por la mañana: para mí, un relato repetido por mi abuelo José.

Allí fui alimentado por vientre blanco, por tibia leche madrugadora y amante de mis besos de hambre.

Me queda imaginar lo que el diluvio olvidó.

Me decidí a volver para desempolvar un cuento y renovar, así, mi recuerdo ya desvencijado, casi marchito.

Allí, la frondosa barba colorada jugó con mis dedos diminutos y fue fragancia mi tierna piel que hoy es memoria diluida.

Un día, envuelto en sábanas fui retoño de esperanzas, promesa austera de una vida de sueños y proyectos; algunos dilapidados por la corriente que nos empuja, otros arrancados a la fuerza, y unos pocos que aún persisten, resistiéndose a ser fluido de alcantarilla.

Y mientras acaricio recovecos de antaño, me detengo en las pequeñas manchas de sombra que me hacen desaparecer por momentos. A veces mi brazo se oculta, otras mi cabeza, y a veces yo entero. Si me muevo simulo ser fuego, y estallan mis ojos el ver al sol de frente. Mi cuerpo parece pudrirse entre todo ese tumulto de vida inerte, y quizás, mejor es pudrirse y pasar a mejor vida, antes que deambular a la deriva del tiempo y su memoria.



Foto de Gabriel Piñero

La marea de sus pieles cálidas me sonríe. Es leña prendida en aquella alfombra de la cual sólo queda su dibujo tallado en mi recuerdo, que resurge a cada rato y sucumbe con mi sombra.

Se suspende el tiempo cuando el eco me devuelve el susurro de mi nombre evocado por sus gargantas, ya secas, ya erosionadas, pretéritas.

Desde el suelo todo se ve distinto. Mi rostro apunta al techo ahuecado, que alguna vez estuvo colmado de estrellas fluorescentes, colocadas con delicadeza por las manos suaves que tantas veces me rozaron, luego de algún cuento inventado, y un té caliente del cual desprendía una humareda tenue de ternura y sosiego.

La posición no es la mejor, un poco duele debajo. Sé que no es almohada la madera que cruje bajo mi cabeza, pero allí dormí durante años que fueron eternos, y que hoy se diluyen en fugaz recuerdo que retorna en trazos al cerrar los ojos, dando cobijo a un cuerpo que se siente eufórico aunque pesado.

Decanto en un sueño profundo de armonía y rabia, de tranquilidad y queja.

No me perdono. No me reconozco en las cicatrices que hoy me acompañan.

Sin despedirme de nada, me aseguro que mi última morada ahora es fotografía ante mis pupilas contraídas por la luz, confinadas al abandono de sus cavidades que son hogar y abrigo.

Bajo la puerta que me mira, sobresale la esquina de un sobre manchado por el tiempo, humedecido por algún triste caminante de estero profundo y valle bajo.

Errantes son las historias que me persiguen, monigotes creados por algún efebo sublime de casta antigua.

Algún heraldo traje consigo lo que ahora tengo entre manos, que se resiste a ser descubierto y leído, a lamentar el tiempo y ser secreto perenne.

Me atrevo a sacar los hilos que lo envuelven, y me consumo en los pasos que me olvidan.

Para mi sorpresa, del interior del sobre caen pedacitos de papel, engolosinados con un planeo de ida y vuelta entre paredes imaginarias, que los hacen rebotar para, finalmente, tropezar con mis zapatos carcomidos por pasos fatigados.

Pequeños dibujos de letras ilegibles me miran desde lo bajo, buscando que las reconozca.

Me quedo con el sobre en mano y hurgo un poco más; lo rompo, lo despedazo, y en un último crujir de hoja brava, me quedo entre manos con una carta que es mi puño, y es mi letra.

Lo único que se conserva en aquel amarillento escrito, es la fecha, que aún borroneada y humedecida por el tiempo, aún se lee: dieciséis de julio de mil novecientos noventa y cuatro, día de mi cumpleaños número ocho, día en que se acabó todo, y ahora rememoro con el crepitar de mi cuerpo, y en el derrumbe de mi

rostro, que entre papeles diminutos que fueron mi tinta, y rodeado de pequeños trozos de mi memoria, de a poco se borran en el siseo de aquellas voces que aún me susurran desde su tiempo, que ahora es mi tiempo, desde la penumbra que se forma en el arco del espacio que alguna vez me vio dormir.

Mis ojos se impregnan de oscuridad hasta entonces velada, latente, y puedo predecir que poco falta para ser una voz más que se encontrará con el silencio, de una sutura imposible, de un reverberar recrudescido por el aletargamiento de la espera.

¿Podré vibrar alguna vez más entre las arenas que acariciaron mis manos? ¿Podré ser destello de luz indómita, entre el goce de los brazos que acallarán mi nombre?

Preguntas son las que continuamente retumbarán en la estela que dejará mi sombra. Y claro, ante ustedes, que son testigo de mis últimas palabras, que ahora me leen, pero ya se olvidarán.



Se estrella la fantasía

Patricia Lezama Rosas

Se estrella la fantasía
y hace de mis dedos arañas;
soy la hermafrodita
caída de un velo,
succionada por los rezos
de una planta arrugada,
cascados los huesos
hasta el interior del mar,
habitación abierta a un escondite
una recámara de miedo
que rompe hímenes a putas.
Hay arcos para el embuste.
fenezco en el pecado rosa
para garabatear mi futuro.



Imagen de R. Palafox . Modelo: Patricia Lezama Rosas



Rosa

Desirée Jiménez

Rosa, alma, cuerpo tan joven al borde de la muerte, al borde de la cama, la sonrisa húmeda, febril, la maraña de cabellos, hogar de pétalos, hojas, ramas, piedrecitas. Tu cuerpo apretado, demasiado joven, envuelto en una sábana apestosa, apenas cubierto por el camisón que el sudor te pega a los muslos, al vientre, a los pechos. La paz sea en esta casa y con todos los que habitan en ella. Tu abuela lanza sus ojos negros hacia mí y se persigna con una lentitud descarada. Ella lo pidió, padre, el último sacramento. Cuando se acerca el final todos se arrepienten. Incluso esta chiquilla. La silla es para usted. El alzacuello se convierte en una tenaza odiosa. Siento el calor irradiar desde tu piel, el aroma de tu cuerpo empapado. Tu abuela permanece inmóvil como un cuervo junto a la cabecera, esa vieja terrible que siempre te despreció, esas manos como sombras que te golpeaban en la oscuridad cuando volvías a casa después de haber estado quién sabe dónde, quién sabe con quién. Haciendo qué. Algo malo, Rosa, algo pecaminoso. No me lo contabas todo en las confesiones, solo lo que querías. Lo que sabías que me encendía. Lo que me molestaba. Algunos ya imaginamos que ibas a ser así, sobre todo después de tu primera sangre. Se te notaba en la forma de llevarte la comida a la boca, siempre introduciendo los dedos más de lo necesario, rozándote las yemas con la punta de la lengua. Se te notaba en cómo te removías en el asiento, de un lado a otro, incluso durante la misa, en cómo te frotabas con las esquinas del banco de madera, en cómo buscabas otras pieles entre la multitud. Solo tenías catorce años la primera vez que me susurraste a través de la rejilla del confesionario que acababas de desnudarte. Estoy desnuda, padre. Me he quitado el vestido, y las medias, me he quitado el sujetador y las braguitas, padre. Tenía las braguitas mojadas. Me puede oler si se acerca un poco. Aquí da un pizquito de frío y se me eriza la piel, pero me gusta. Los pezones me crecen y se endurecen, y cuando me acerco a usted, padrecito, mis pezones rozan la madera y siento un calor grande, un calor húmedo aquí abajo, padrecito. Me gusta estar aquí desnuda, al otro lado, y hablarle y saber que usted no puede tocarme. ¿Le gustaría tocarme? Y aplicabas tu aliento cálido y dulce de caramelos, y tu lengua se deshacía con un chasquido suave y pegajoso de tu paladar, se estiraba y lamía, demorada, la rejilla que nos separaba.

Tu abuela me observa sacar el óleo sagrado de la bolsa. Siento su mirada como una enorme losa sobre mis hombros. El sol arranca brillos al aceite, sobre la mesa. Busco el agua bendita. Esparzo el agua sobre las paredes, sobre tu abuela, sobre ti. Las mancho, las purifico. Solo cuando me siento junto a ti me atrevo a mirarte directamente. Se te ahogan las pupilas en el iris moreno, y no sé si puedes verme. Ya no habla, padre. Expresó su deseo antes

de quedarse así. Quería que viniera usted. Acerco el crucifijo que guardo en el pecho a tu boca gruesa, entreabierta, aún inexplicablemente rojiza. Un beso. Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante vosotros, hermanos, que he pecado mucho. He pecado de pensamiento, palabra, obra y omisión: por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos, que intercedáis por mí ante Dios nuestro Señor. El aceite está caliente, denso, pringoso. Mi pulgar dibuja la cruz sobre tus párpados tersos. Por esta santa unción te perdone Dios cuanto has faltado por la vista. Porque te gustaba mirar, Rosa, mirar y ser mirada. Te subías la falda en los días de calor y te mojabas la camisa en la fuente para marcar la redondez de las pequeñas tetas y alzarte los pezones tiernos.

Mi dedo sobre los lóbulos aterciopelados de tus orejas. Te remita Dios cuanto has faltado por el oído. Porque te gustaba oírme

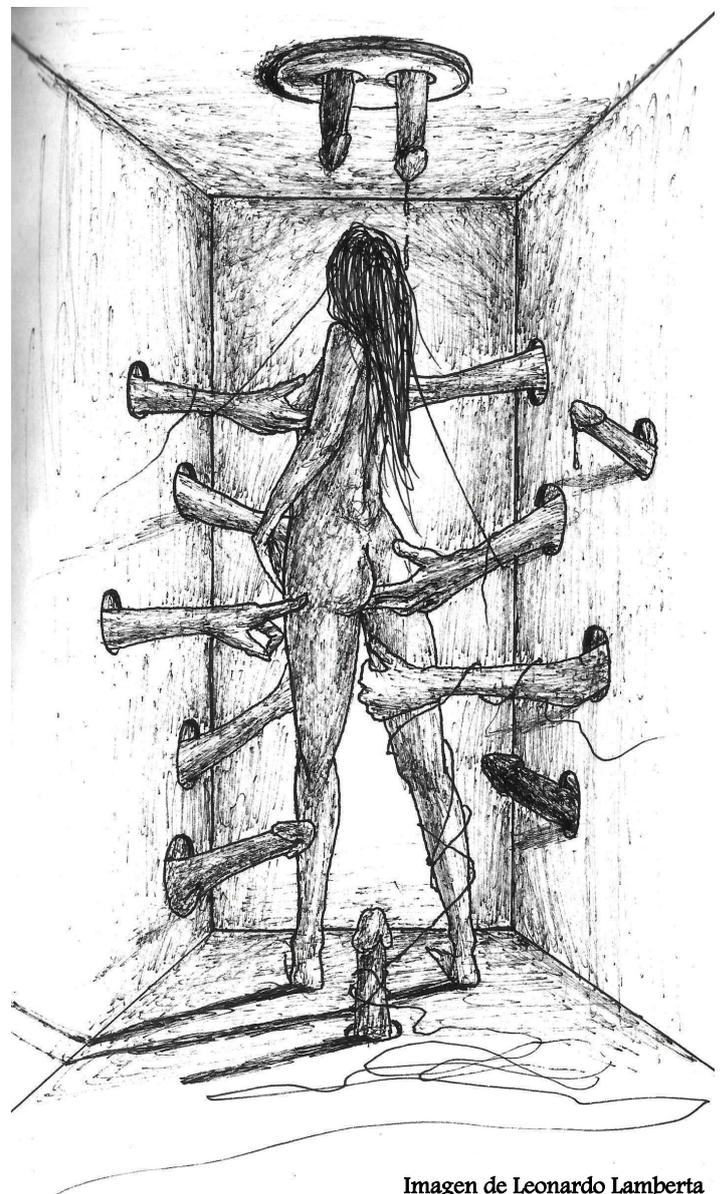


Imagen de Leonardo Lamberta

jadear al otro lado del confesionario, cuando ya no pude más y sucumbí a tus palabras licenciosas, a tus cuentos de lujuria, a tus confesiones blandas, llenas de azúcar y sudor y descubrimientos en la oscuridad de tu cuarto, en la ducha de los chicos mayores. Te regodeabas escuchando mis masturbaciones furiosas, desesperadas, incandescentes. Te reías cuando te rogaba que parases, que no vinieras más, que Dios te perdonaba sin necesidad de confesión. Te reías y lamías el semen de mis dedos a través de la reja, como una gata cariñosa.

El aceite pringoso sobre tu nariz chica, puntiaguda. Por esta santa unción te perdona cuanto has faltado por el olfato. Por andar olisqueando el sexo de los hombres como un animal inocente. Por dejar que tus compañeros del colegio te olieran el cuello y las bragas.

Mi pulgar grasiento se detiene más de lo necesario sobre tu boca y sus jugos. Te separa los labios y se introduce apenas. Tu lengua sigue caliente y dócil. Sobre todo, Rosa, que Dios te absuelva por cuanto has faltado por la boca. Porque casi nada te causaba más placer. Andabas siempre chupeteándote los dedos y mirando a los hombres a los ojos junto al bazar, cuando te detenías con las piernas abiertas sobre el escalón y lamías interminablemente aquella piruleta, y succionabas el hielo y jugueteabas con la punta de la lengua en el fondo del vaso. Recuerdo el día que me confesaste tu primera felación. Por un momento pareciste arrepentida. Lo habías hecho en el baño de la escuela, a un chico de tu clase. Y el líquido estaba amargo y él me pidió que me lo tragara, y yo lo hice, y me dijo que no se lo contara a nadie. Pero a ti te lo tengo que contar, padre, papito, a ti te lo cuento porque quiero que sepas que estaba pensando en ti. Siempre decías lo mismo. Eran otros los que penetraban tu sexo agrio y aromático, los que chupaban la rigidez de tu clítoris y hundían los dedos en tu ano. Y tú siempre venías, y gemías, y te masturbabas al otro lado del confesionario y decías que habías pensado en mí. No te creía, Rosa, pero quería creerte. El día de los enamorados encontré la flor en mi puerta, y sé que un feligrés la dejó allí, o quizá uno de los hijos del carpintero, para burlarse, pero yo siempre quise pensar que aquella rosa adolescente era tuya. Un mensaje.

Una rosa, rosa igual que tú, una rosa de Rosa, la que guardé y que está ya marchita, como tú, que dentro de poco tendrás la carne seca. La rosa que adornará tu tumba. Nunca me dijiste que me amabas, y no lo dijiste porque no era verdad, porque al menos eras honesta. No me amabas, Rosa, nunca me amaste.

Trazo una cruz con el óleo sobre tus manos, antes tostadas y rápidas. Por esta santa unción te perdona Dios cuanto has faltado por el tacto. ¿Qué otra cosa te iba a perdonar, si era éste el más esencial de tus pecados? Dios debía perdonar estas manos, estas manos masturbadoras, curiosas, ágiles. Las mismas manos que me desabrocharon el pantalón, que condujeron mi pene erecto hacia tu interior suave, cálido, derretido. Las manos que me perdieron. Por qué, Rosa, por qué si no me amabas, si no querías venirte conmigo, por qué. Por un capricho, el capricho de una niña. Me levanto y te unjo los pies, que Dios te perdona cuanto has faltado por los pasos, por los pasos erróneos que te condujeron hasta mí. Admitelo, Rosa. Querías que viniera porque ésta era tu última tentación. Antes de morir querías que yo te untara el aceite, que te manchara una vez más las carnes, que te viera semidesnuda, que subiera, como estoy subiendo, mis manos hacia tus muslos, porque habría que ungirte todo el cuerpo pues con todo él pecabas. Siento que te estremeces cuando extiendes el aceite sobre tu pubis, sobre los labios de tu sexo, cuando alcanzo el interior de tu vagina. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Mis manos siguen tu vientre y me arrepiento, Santa María, siempre Virgen, santa madre de la Iglesia católica, en el fondo yo no quería que tomaras aquel brebaje, aquel veneno que te matara al niño que llevabas dentro, y por eso odio a tu abuela, y por eso me odio a mí y si te salvas, si mi óleo te salvara también el cuerpo, o sobre todo el cuerpo, Rosa, yo te perdonaría, yo te perdono, nos perdono a los dos, tú solo querías amar con el cuerpo. Perdónala señor porque no sabe lo que hace, perdónala, perdóname, Rosa. Tu abuela tiene el rostro desencajado y me sorprende encontrar dos lágrimas gordas, fulgurantes, prendidas del extremo de sus ojos.

Márchese, padre. ¿No ve que ya está muerta?

Sin título – no, es mentira

Javier N. Favila

no, es mentira

no somos guerreros de luz

ni ángeles ni hijos de ningún dios

somos humanos peleando

: como perros apareándose en la calle

así pegados

cada uno estira para su lado

cada uno exige su pedazo de banquetta

vástagos de la soberbia y del egoísmo

que en algún momento

luchando por su equidad

la verga romperán

: sin sol no hay verano ni vacas ni leche ni nada que te pueda amamantar.

Este texto es gentileza de
Artis Nucleus

Melodía en Chelsea

Antonio Carlin Lynch

La puta más solicitada de la Agencia Sherry Teens, es Melody. Su nombre engaña a la clientela: las chicas que se anuncian en los fanzines más under de la escena, y en tarjetas estratégicamente colocadas en galerías art deco y fiestas clandestinas de Queens, tienen todas arriba de 23 años. Melody tiene 24, Trix 25 y Chancy 26. Pero Chancy solo quiere contestar el teléfono. Así que sólo quedan dos chicas disponibles, de las cuales, Melody es la más solicitada.

Mide 1.66 de estatura, es pelirroja natural, tiene los senos pequeños y arriba de ellos, un mar de pecas donde cualquier bañista desearía morir ahogado. Esa misma área tiene un sabor explosivamente salado; como si la pequeña Melody hubiese nacido en medio de un océano Californiano. Pero no; vió la luz en uno de los barrios más exclusivos de Manhattan. Siendo hija única, le corresponde ser heredera de uno de los imperios de la moda más célebres en el vestir neoyorkino de principios de los setenta: las zapaterías Leather Skin, especializadas en botas de piel de armiño y víbora de cascabel mexicana.

En estos momentos, Nancy Sinatra, atestada de cocaína, sale ayudada por uno de sus amantes puertorriqueños, lleva seis pares de botas de piel de alce en tres distintos colores. Alguien le dijo que Mia Farrow esperaba esos modelos para comprarlos todos. Así que le dejó 50 dólares a uno de los vendedores para que le diera la siguiente nota: “¡Bang, Bang! En tu cara, zorra trepadora”. Luego le mostró su pecho izquierdo. – Cortesía de la casa Sinatra –, dijo. Melody bien pudo acompañarla hacia la salida, y hacerle los honores: “gracias por su visita Señorita Sinatra”, “me encantó su nuevo sencillo, lo escuché en el Studio 54”, “vuelva pronto, Señorita Sinatra”. En vez de eso, en este instante, se está atascando de verga jamaíquina en una de las habitaciones del Hotel Liberty, frente al Chelsea.

Cuando termina con él (o, mejor dicho, el jamaicano, que parece el doble de Shaft, termina con ella), se limpia la boca, escupe varias veces al suelo y mira por la ventana hacia el Chelsea. Una limosina blanca se estaciona en la entrada, y de ella, una mujer en abrigo de visón entra rápidamente. – “Juraría que era Brigitte Bardot” –, se dice a sí misma Melody.

Miércoles por la noche .

Trix y Melody se toman unas horas libres. En la disco The Sombrero el show de esa noche está a cargo de Dooshenka, quien interpreta temas de Sun Ra en versión disco, con un descarado playback (que a nadie le importa, porque su atuendo, una túnica larga hasta las rodillas y transparente, desvía la atención de todos: no pueden quitar la mirada de las dos aureolas que tiene por pezones). Bien podría estar cantando God Defend New Zealand y nadie lo notaría.

– ¿Qué tiene en medio de las piernas? – pregunta Trix, que no deja de mover los hombros al ritmo de la música.

– Los genitales. Se los sujeta con una cinta de aislar.

– Oh.

Melody saca un Gitanes de sus pantalones de cuero y justo cuando piensa encenderlo y formular la pregunta correspondiente para iniciar

toda charla con Trix: “¿Cuándo vamos a exigirle a Chancy que también tiene que coger con los clientes?” Trix interrumpe sus pensamientos sujetándola muy fuerte del brazo.

– ¡Cielos!, ¿ya viste quién acaba de entrar?

– ¿Quién? – Melody enciende su Gitanes. Saborea la primera chupada.

– ¡Mira, mira! Allá a tu izquierda, junto al tipo de pelo blanco y la chica anoréxica y ridícula.

– Trix, el tipo de pelo blanco, para tu información, es Andy Warhol y esa chica anoréxica y ridícula a la que te refieres, y que no logró distinguir bien por toda esa cantidad de gente que los rodea, debe de ser Twi... oh, Dios.

Melody dejó incompleta la frase. Dejó el Gitanes consumirse en su mano y a su amiga con la perorata para ella sola. Dejó que todas sus fantasías de grupie afloraran por su piel e hicieran que su coñito se lubricara al ritmo de “Plutonian Nights”.

Lou Reed venía entrando al The Sombrero del brazo de Warhol, con sus Ray-Ban oscuros y una camisa que le dejaba ver su pecho tan bronceado para alguien de Brooklyn. No tenía vello. Un chico con bigote tupido y pañoleta roja se le atravesó, y le plantó un beso en la boca. El chico le agarró una nalga, Lou metió su lengua en su boca. – “Es el bisexual más guapo que he visto” – pensó Trix.

– “Yo me encargo de hacerlo completamente hombre” – pensó Melody. Y se levantó caminando hacia el séquito que rodeaba y asfixiaba al gurú del arte pop.

– ¿A dónde vas?

– Al baño, a polvearme la nariz.

– El baño queda para el otro lado.

Pero Melody no escuchó, se abrió paso entre la gente, que en su gran mayoría eran como gigantes para ella. “Debí de ponerme una de esas botas que vende papá y mamá. Las que tienen esos tacones de 18 cms. que luego se quitan, y con una pila o dos puedes usar como consolador con vibrador”. Todo el mundo tiene derecho a sus 15 minutos de fama.

Veinte minutos y catorce líneas después, instaladas en una mesa con “los nuevos descubrimientos de Andy”: Carmin, Sevigny, Monique, Zion y Cosa Salvaje (la primer Drag Queen piel roja que existió, con una figura de linebaker de los New York Jets), Trix que no deja de mover los hombros y beber Margaritas. Lanza miradas hacia la mesa en donde esta Lou con Warhol. “¿Es ése John Cale?”, “No. Solo es un chico guapo que se parece a John Cale.

– Melody, ¡Melody! – Grita Trix para dejarse oír. – ¿Quién es tu amigo? Es lindo. – Melody tarda un segundo en captar. Enfrente de ella, sentado y sin presentarse, un chico guapo, rubio, ojos claros, barba de varios días, en camisa negra con las mangas arremangadas y jeans rotos de las rodillas, mira hacia todas partes y a ningún lado. Con la mirada perdida. Tiene la cabeza un poco echada hacia atrás, las venas

de los brazos marcadas y saltonas. La sonrisa de un loco. Un adicto a la heroína buscando a su camello perdido.

– No sé quién es. Pero si tuviera 25 dólares en sus bolsillos, me lo cojo ahora mismo.

– Yo le presté 20 y se la mamas delante de nosotras. – Dice Monique, que es quizá la más femenina de todas. Y la única que orina en el sanitario de hombres.

– No creo que en su estado se le pueda parar. – Interviene Trix. – ¿tú qué opinas Cosa Salvaje, te gusta el tipo? –

– ¡Au! Gustarme su cabellera, verse bonita en mi colección. – Contesta Cosa Salvaje mientras termina de alisarse las pestañas. Ella sería la envidia de todas las mujeres de la Reservación de Tacoma, y tres Reservas Sioux vecinas.

Un hombre, de cerca de cincuenta años y con un fuerte olor a heterosexual, se aproxima a Melody mientras Dooshenka pasa por un lado y saluda a ambas mesas. Mira hacia la mesa de al lado y le lanza un beso a Lou. Luego, con la mano, hace la seña de que dispara con una pistola, y apunta directamente hacia Warhol. ¡Pum! Dispara. Todas ríen por lo bajo, mientras Andy se cubre con su chaqueta asustado. Esa misma chaqueta que acaba de comprar en la tienda Sex. El hombre, más decidido, le muestra una tarjeta de Sherry Teens a Melody y se agacha para susurrarle algo al oído.

Ella asiente.

– Ahorita vuelvo damas. El deber me llama.

– No tardes, de aquí vamos a continuar la fiesta en la Suite de Andy.

– ¿Dónde es?

– Piso 12. Habitación 1290. Hotel Chelsea.

El suelo parece moverse para Melody. Su corazón se agita y siente la necesidad de colocarse de nuevo, solo por placer. Una orgía en el Chelsea, y luego, ¿quién sabe?, la nueva chica de la Factoría. ¿Por qué no?

– Vamos cariño, antes de que se me ablande y me arrepienta.

– No tardaré, estaré enfrente, en el Liberty. Me paso de ahí.

– ¡Uuuuyy ese nido de cucarachas! Jajaja – ríen todas. Mientras, Cosa Salvaje habla con un tipo que fuma un puro y le cuenta historias de un nuevo grupo que está formando llamado The Village People, del cual desea que forme parte.

Trix intenta acercarse a Lou sin ningún éxito. Lou solo tiene ojos para el enorme paquete que sobresale de los pantalones del chico que acaba de morir sentado por una sobredosis de heroína en la mesa de al lado.

El revolcón estuvo de primera, el hombre que juraba llamarse George y decía había formado a los Beatles, quiso repetir. Melody después de varios “ajá”, “ajá” se disculpa y mandó saludos al falso Paul, muerto años atrás. Salió corriendo del Liberty bajando los escalones de dos en dos. Cuando salió a la calle, la misma limosina blanca de días atrás se estacionó frente al Chelsea. De ella, la misma mujer en abrigo de piel de zorro. Melody le dio alcance y lo primero que notó fueron sus botas. Leather Skin, de pitón en color violeta. “198 dólares con .98” Sí, debe de ser B.B.

Las puertas del elevador se abrieron, ambas mujeres entraron. Cuando la mujer del abrigo de zorro se puso de frente, Melody reparó en dos cosas: una, sus grandes lentes oscuros, y dos, sus botas no eran de tacón alto. Era más bajita. No era Brigitte Bardot. La mujer oprimió el piso 10 y se quitó los lentes. Era Janis Joplin.

“Madre Santa, es Janis”

– ¿Eres una caza autógrafos? – preguntó Janis.

– No.

– ¿Te hospedas aquí?

– No.

– ¿Eres una golfilla?

– ¿Lo parezco?

– Sí.

– Entonces lo soy.

– ¿Te quieres ganar 200 grandes?

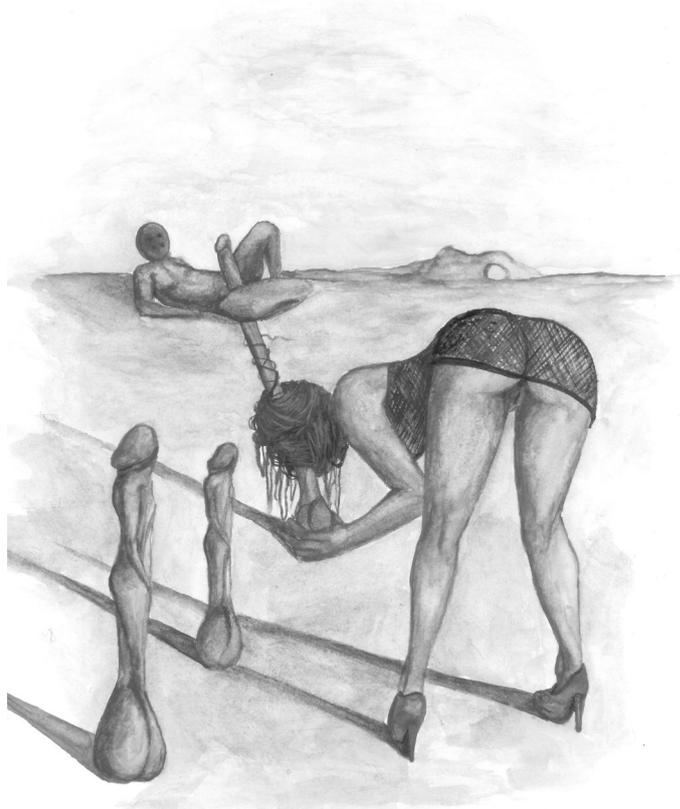
– ¿A quién me tengo que coger?

– A mi novio. Leo. Pero sólo quiero que se la mames.

– Y tú, ¿qué harás? ¿Grabarnos?

– No, cantaré “Cry Baby”. Él no te verá, la luz permanecerá apagada. A veces tiene unos deseos y fantasías muy raras.

Y Melody no sólo le hizo una mamada en una cama destartada al poeta. También introdujo sus dedos en su ano y lo sodomizó. Ella nunca supo quién era “Leo” y él nunca conoció a la pequeña golfilla. Janis se llevó el secreto a la tumba; jamás escuchó su canción.



Dibujo de Leonardo Lamberta

Lobo

Sebastián Martín

Un domingo de invierno
encontramos un pequeño lobo en una caja de zapatos.
Uno de los dos lo levantó y lo metió en la casa.
Si fuiste vos, o fui yo ¿qué importa?
Intentamos darle leche con una cuchara,
pero el lobito mantenía los dientes apretados,
entonces agarré un cúter,
me corté la yema del pulgar,
y él lamió mi dedo hasta quedarse dormido.

Las primeras semanas no paramos de sacarle fotos.
Mordisqueando una pantufla.
Masticando su primer gorrión.

Cuando lloraba, vos lo alzabas,
y lo paseabas por el living.
-Oye lobo-. Le cantabas.
-Oye lobo, ¿por qué te dejaron solo?

Durante la primavera nuestro lobo engordó,
sus orejas se afilaron como puntas de flecha,
y sobre el lomo comenzó a crecerle una capa de pelo rojizo.
En las noches sin luna,
dejábamos abierta la puerta del patio para que saliera,
pero yo no lograba dormirme hasta que regresaba.
Entonces lo llevaba al baño,
y le limpiaba la sangre de los colmillos con un hisopo,
y el lobo me sonreía satisfecho,
con los gatos del barrio todavía maullando en sus intestinos.

Los vecinos y la policía no tardaron en aparecer.
Cuando alguien es feliz tarde o temprano aparecen.
El viejo marica de la otra cuadra
lo acusó de matar a uno de sus labradores.
Yo, por supuesto, lo negué.
No iba a dejar que nadie lastimara a mi lobo.

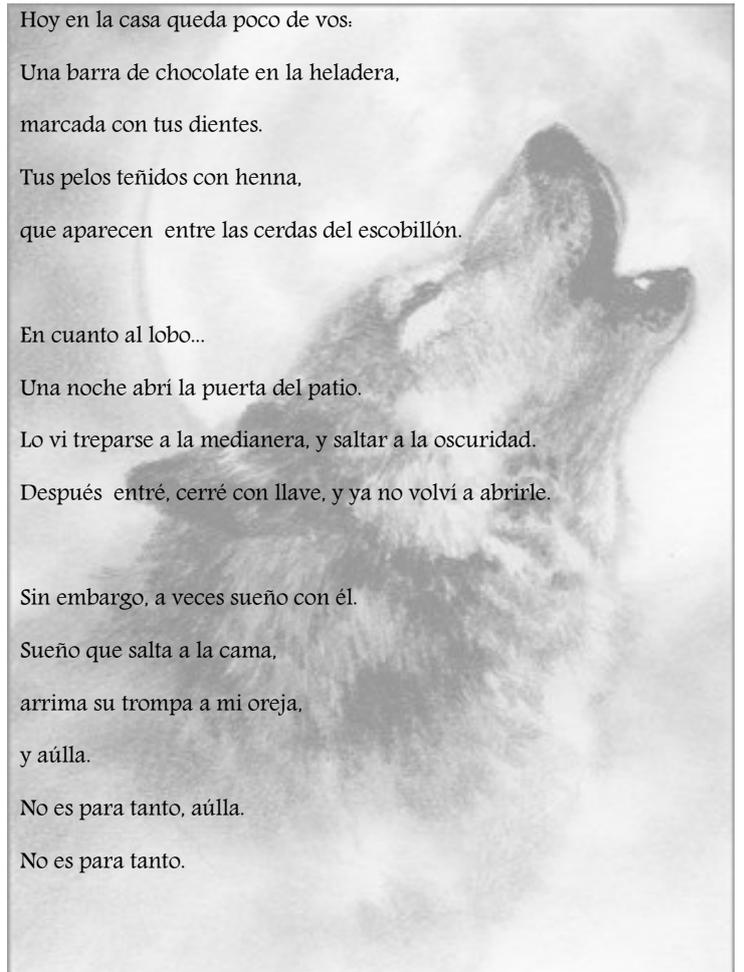
¿Cuánto más va a crecer? me preguntaste una mañana,
mientras cortabas tiritas de una servilleta
sobre el mantel de la cocina.
No supe qué responderte.
Esa misma mañana te mudaste al sillón del living,
y en tu lado de la cama oí que algo se partía.
Cada tanto, el lobo se acercaba,
y te apoyaba el mentón sobre la pierna,
pero apenas le rozabas la cabeza con las uñas.
Preferías recordarlo de chiquito: mudo, inofensivo.

Una madrugada te levantaste para ir al baño,
y sin querer le pisaste la cola.
Me despertó tu grito.
Corrí hacia vos y te encontré en cuclillas,
apretándote el tobillo que sangraba.
En unos minutos juntaste tus cosas,
y te fuiste rengueando,
dejando un rastro de nieve sobre el parque.

Hoy en la casa queda poco de vos:
Una barra de chocolate en la heladera,
marcada con tus dientes.
Tus pelos teñidos con henna,
que aparecen entre las cerdas del escobillón.

En cuanto al lobo...
Una noche abrí la puerta del patio.
Lo vi treparse a la medianera, y saltar a la oscuridad.
Después entré, cerré con llave, y ya no volví a abrirle.

Sin embargo, a veces sueño con él.
Sueño que salta a la cama,
arrima su trompa a mi oreja,
y aúlla.
No es para tanto, aúlla.
No es para tanto.



La noche violeta

Rusvelt Nivia Castellanos

Bajo la mañana tempestuosa de este día insistente; siento la ansiedad por escribir los últimos residuos de mi pasado, tal vez desaprovechados en los pésimos vicios. Para lo claro me sufro a solas, sin ninguna ilusión. Debido al desvario de la vacuidad, perdí la existencia momentánea. Lo maldito me sucede al ayer de ese viernes ausente de amor. Yo andaba en medio de un nocturno, ido sin alegrías desde mi burda arrogancia. Ahora de enferma, bajo los latentes recuerdos, vuelvo a la presencia de aquella noche de lamentos. De pronto yo fui ingresando al prostíbulo, que todavía queda cerca a mi casa descuidada. Sin mucha prisa, salí de mi pieza mal oliente, sola allá en donde me sentía perdida, residiendo vanamente desde hace algún tiempo estático. Luego me fui acercando al tugurio de las divorciadas; por cierto había varias personas conversando allá adentro en ese sitio desesperanzado al que fui ingresando lentamente. Todo estaba horriblemente sucio en cada uno de los escondrijos. A lo mejor, miré para otro instante mío la llovizna del cielo cual era como un rocío de lo más umbrío que iba corriendo por las afueras pesarasas. Atenta lo contemplaba; resaltando en la ventana, que había junto a la entrada.

Soy una mujer soltera por otra parte desconsolada. Además me quedan pocos años por vivir en medio de esta persistente realidad de decadencia. Poseo una piel blanca y soy una desconocida diseñadora de modas a los ojos del mundo. Fui ya durante otro momento a la cantina del local. Me supe por allí con la ropa mojada, que chorreaba mi cuerpo delgado. Me vi empapada de agua fría sinceramente. Las gotas se me escurrían traslúcidas por entre los cabellos negros y largos. De todos modos, me dio igual esta pena por sentirme frívola y ausente del calor de mis amigos perdidos. No me importó nada así como no me interesa lo restante de mi enfermedad descarada. En serio; nadie parece amarme desde lo acabado, que me queda por saber sufrir quemadamente.

Ayer igual, llevé mi vestido negro de luto para la desgracia de mis noches alteradas de las altas anochecidas que aparecieron serenamente. Yo quise pues por los dolores, beberme una copa de ginebra. Más adelante, ansí acostarme con alguna de las gordas rubias, que se sabían eróticas en las mesas junto a sus compañeros fumadores. Antes me encantaba hacer del amor ansiado, debido a mi placer ansioso. Eso fue quizá lo más justo para poder calmar mi lujuria. Ya durante otras miradas, siempre presiento ese único recinto, acogedor para mi larga soledad de este presente envolvente. Me era agradable estar lejos del bullicio urbano. Toda la pasión carnal podía liberarla con euforia. Estar por ahí en los puteaderos peligrosos de la muerte, estar

oyendo la música norteña mientras veía la luna encendida de octubre, me parecía reconocer a la gente distinta.

Sin miedo y disconforme, fui andando por lo tanto en mí, sin prisa. Apenas avancé con un ralo malestar como enrarecido. De seguido, ubiqué la flaqueza de mi silueta en una de las sillas cuidadosamente. Dejé caer mi cuerpo blando en el espaldar. Un poco impaciente, comencé a examinar el bar que había junto a la entrada telarañosa del sitio penumbroso. Se me acercó mientras la rubia más linda, para mí. Me colocó un cigarro en la boca reventada de mi rostro; ojeroso y pálido. Por lo demás, habré de entender que siempre fue hermosa la muy descarada prostituta, quien me atendía a cada rato, cuando yo iba a visitarla. Ella se decía llamar Rosa. Aún era joven esta moza de las infidelidades contrariadas, pero pese al amor suyo, ella consiguió matar a varios sicarios, dizque para hacerle un bien a esta ciudad apocalíptica. Esos hombres fueron aparentemente tan horripilantes como su odio infantil. A lo mala, ella siempre los asesinaba a ellos gracias a una cuchilla brillante, cuando acababa de llevarselos al cuarto ocioso, tal vez nunca suyo. Allí, tenía durante horas anteriores algo de sexo desabrido con esas ratas sociales. Luego del grito, Rosa cortaba sus gargantas sin mucho desahogo, sin nada de duda. Por eso cada vez que podía, trataba de acostarme con su belleza lejana, entre risas rotas y lágrimas medio derramadas. Llorábamos solamente entre ambas. Ella era diferente de las otras personas. Igual, debido al destino mío tuve que darle un término voraz a esa amistad. Pero hoy no lo niego, Rosa fue toda coqueta conmigo desde cuando la conocí, sin que yo le prestara mucha atención. Al paso de los atardeceres y las infidelidades nocturnas, ella pudo ganarse mi confianza, bajo las sábanas sucias y raídas. Así, bajo el extraño deseo sexual, fue un curioso gusto, dedicarle a la muchacha un algo de dicha ajena a la mía.

Entre los propios segundos del ayer, no le dije casi nada a ese difuso rostro de mujer suya. Esa noche sólo empecé a escucharla. Luego terminé la copa del trago que ella misma me había pasado en un momento inconsciente, cambiante a ese antiguo presente. Yo dejé ya serena la copa vacía en el mostrador, sin hacer escama. Ya después me levanté de la silla donde pensaba distraída sobre la muerte. Lo hice, porque intuíamos que era hora de irnos al cuarto mal oliente, para tener porno juntas. Necesitábamos irnos de la sociedad y así de a poco podíamos apaciguar nuestra aspereza doliente, ante la adversidad. Me alejé entonces de la barra, sin besarla mucho a ella en sus labios. Caminamos por entre el pasillo, reunidas ya entre raros abrazos. Nos tomamos de la mano, sin presentir ninguna vergüenza ante la gentuza dañada del allá, ganosa del escarnio señalador. En

justo sentido, llegamos pronto a la habitación de paredes azuladas mientras tanto, para lentas quitarnos las ropas. Entramos tranquilamente a cada encierro intimista. Ambas cerramos enseguida la puerta de metal con sumo cuidado de no hacer ruido. Apenas, fuimos ligeramente percibidas por los presentes vivos de ese lugar ciertamente azaroso. Nos encaminamos por tanto al catre de las mujeres, más que apasionadas. Nos desnudamos suavemente entre la lindura mujeril. Luego dejamos que todas nuestras poses fluyeran lastimosamente, por sobre las caricias crueles y los besos culpables. Presentimos profundamente el uno contra el otro cuerpo, frágil al aroma de cada sabor semejante. Acogimos cada nostalgia oculta en ambas sin horror, nos extasiamos entre estos rincones del libertinaje.

Una vez pasado el extraño rato, mi amante de alquiler esperó un poco a dejar correr su ansiedad. Sola soporto su silencio para vivir otro tiempo mejor, sin tanta aflicción. Además, ella se percibió única a sus otras noches rutinarias. Tras su misma abstracción, ella pensó sobre la paz, recostada al lado mío, debajo de los tendidos negros en donde aún nos dejábamos ir hacia el simple vacío de la quietud. Ella apenas me dijo que estaba confusa por su pasado y por estar a solas conmigo. Así que yo la seguí soportando durante el vaivén del sopor y del ambiente, que nos recubría ahogadamente en tinieblas. Le ofrecí, mi tiempo premeditado para que cavilara inocente sobre sus amores derrumbados. Yo para el caso, seguí sufriendo una sola agonía de trasnochados sinsabores iracundos. No sabía qué hacer con

ella. Dudaba de los posibles actos. Me levanté sin embargo del relajamiento penumbroso y todo mío. Lo decidí una vez pasaron algunos minutos furiosamente. Desde mi propia rabia, ya no podía ocultar más este drama. El hondo desespero me delataba. No quería reconocer esa obscena enfermedad suya. Entonces miré, roja en sangre hacia el suelo de lozas blancas y pronto saqué de mi bolso, un pañuelo negro y un picador de hielos; me acerqué con maldición al rostro de Rosa y enseguida le fui gritando antes de matarla. Malparida perra; usted es una malparida, hijueputa.

Ya de golpe creció el rencor; me le lancé horrendamente contra su humanidad pecosa mientras acababa de estrangularla por el cuello. Pesadamente, le di su homicidio violento, sin nada de misericordias suplicantes. Estaba en su pobreza abandonada. Durante la otra impudicia, atravesé su corazón con el picador y por fin ayer hube de exterminarla, bajo la noche umbrosa. Sin miedo, la dejé desangrada, sola desgarrada a mi propia venganza mía, la estrangulé entre un dolor bulloso y me importó una reverenda mierda; que la gente de afuera se hubiera dado cuenta del crimen, antes bien cometido porque desde hace años me sé muerta en vida y sin la vida de mi sangre violeta. Y entonces hoy, no me queda sino esperar a la infección adentro de este sanatorio de porquería en donde ahora estoy excluida, sin yo querer estar más en este mundo, tan plagado de infamia y de miseria.

La muralla

Nicolás Igolnikov

Esta es la parte de mí que late sobre la hoja
la que tuerce sobre las esquinas negras
la que clava contra las nubes desiertos blancos
la que acaricia los cuervos al marcharse.

Esta es la parte de mí que dura dentro del poema
el último verso que trastabilla en el margen
el chorro que mece las campanas doradas
el llanto gris de las amapolas.

Esta es la parte de mí que persiste en el grito
la luminaria del muelle con niebla
el silencioso rumor de la madera
el fulgor que entonan las golondrinas.

Esta es la parte de mí que llora en sus secretos
el acceso sutil trabajando los ventanales
el brazo extendido que conlleva la distancia
la mano sobre el vientre de la infinitud.



Esta es la parte de mí que no tiene nombre
la que vuela por surcos ávidos de preguntas
la que lee sobre los pétalos al destino
la que calla mientras dice
la que adopta al silencio
la que, al verte dormida, se levanta.